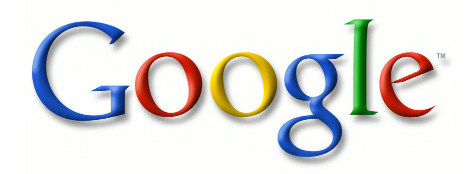


SOLEDADES

SOLEDADES

PÁGINAS EN VERSO

POR

EUSEBIO BLASCO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1877

AL CONDE DE MORPHY

EN TESTIMONIO DE AMISTAD,

El Autor.

I.

Yo tengo en el alma
La luz escondida
Que alumbra en la sombra
Y alienta, y convida
Con dulce calor,
Y ahuyenta del alma la duda impotente
Y engendra el amor.

Yo escucho en la mente
La voz que se exhala
Del fondo del pecho,
Y el alma regala
Con dulce placer,
Y al alma sedienta le infunde esperanzas
De inmenso poder.

Yo siento en mis venas
Correr presurosa,
Cual dulce y alegre
Corriente copiosa

De eterno bullir,
La sávia fecunda que impregna la vida
De afan de sentir.

Yo siento en el fondo
Del pecho sediento,
El mágico impulso
Que audáz movimiento
Prestando á mi pié,
Me manda en la sombra seguir adelante
Y engendra la fé.

Yo siento en el alma
Tronar lava hirviente,
Bramar la tormenta,
Rugir el torrente
Con ronco fragor;
Incendio escondido, recóndita llama
De eterno calor.

Y en cóncavo acento,
Mil voces secretas,
Cual hondos clamores
De ocultos atletas,
Con sórdido, intenso,
Tenaz frenesí,
Me mandan que viva con ánsia creciente,
Y amándote, aliente
Mirándome en tí!

II.

Ven; allá en la playa la paz nos espera:
Robando al Otoño sus melancolías,
Buscaremos juntos, cuando el dia muera,
Tú las soledades, yo las armonías.

Juntas las cabezas, unidos los talles,
Al soplo de Octubre que agosta las flores,
Iremos buscando por montes y valles,
Tú nidos amantes, yo ritmos de amores.

Del mar á la orilla, que es dulce retiro,
Serán nuestro arrullo las ondas en calma,
Y allí exhalaremos, al dar un suspiro,
Tú toda tu vida, yo toda mi alma.

Y este amor secreto que oculto vivia,
Unirá dos almas que un beso fundió:
Yo seré el poeta, tú la poesía;
Tú serás el aire, y el suspiro yo.

Valle de Toranzo.—1864.

I.

Yo tengo en el alma
La luz escondida
Que alumbra en la sombra
Y alienta, y convida
Con dulce calor,
Y ahuyenta del alma la duda impotente
Y engendra el amor.

Yo escucho en la mente
La voz que se exhala
Del fondo del pecho,
Y el alma regala
Con dulce placer,
Y al alma sedienta le infunde esperanzas
De inmenso poder.

Yo siento en mis venas
Correr presurosa,
Cual dulce y alegre
Corriente copiosa

SOLEDADES

V.

Torpe es el mundo que pretende artero
Turbar la dicha que en mi pecho alienta,
Torpe el destino que con falso agüero
Me anuncia duelos y agobiarme intenta.
Yo del dolor y su opresion me curo
Yo del pesar abrumador me rio,
Porque ya de tu amor estoy seguro
Y sé que al fin tu corazon es mio.
Como los cuervos en feroz bandada
Buscan la presa en el erial desierto,
Las negras penas de mi vida airada
Buscando vienen mi cadáver yerto.
Pero aunque hambrientas devorarme quieran,
Hay algo que se libra al hambre suya,
Y es el alma, que en vano me pidieran
Porque la tengo en tí junto á la tuya.
No hay penas, ni pesares, ni aflicciones,
Que aniquilen mi eterno sentimiento,
Á prueba estoy de agravios y traiciones,
Porque pensando en tí, vivo y aliento.

15

Para sufrir mi vida zozobrante
No necesito espíritu animoso,
Me basta con pensar en tí un instante
Para que el mundo me parezca hermoso.
Venga, pues, el dolor á envejecerme
Rugiendo en torno á mí con voz herida,
Que mientras vivas tú para quererme
Yo he de amar las tormentas de la vida!

A bordo.—1866.

VI.

Me dió un beso mi madre, y aquel dia
Otro posé yo en tí,
Sin pensar ¡ay de mí! que no era mio
El beso que te dí.
Beso que tú cual amorosa prenda
No supiste guardar,
Y á otros lábios, traidora lo vendiste
Dejándote besar.
Aquel cínico y torpe libertino
Que el beso mereció,
Con igual falso amor que te fingia
Otros lábios besó.
Yo en tanto el mundo recorriendo alegre
Y olvidado de tí
En brazos del placer y de la orgía
La vida consumí.

Una noche, entre el ruido y el mareo
Del vino y del amor,
Sentí unos lábios que con sed de amores

Turbaron mi estupor.
No supe adivinar, pero el aroma
De un recuerdo aspiré,
Y dos amores de mi edad primera
Temblando recordé.
Y al aspirarlos ambos confundidos
Del canto en el rumor,
Y envueltos en la atmósfera candente
Del vino y del amor,
Ébrio, aterrado, en vacilante paso
De donde estaba huí;
Torné á mi hogar y hallé á mi madre en vela
Y á darla un beso fuí.
Mientras exista, viviré pensando
Lo que por mi pasó;
Mi madre amante me besó en la frente.....
Y triste me miró.
¡Ay! si del beso que perdido lloro
Volvieras á saber.....
Entonces, solo entonces, presurosa
Ven á besarme, ven!

VII.

PRIMERA SONRISA DE LA PRIMAVERA.

A Julia.

Ya del tétrico invierno desolado
Desparecen los últimos vapores,
Y allá en el horizonte sonrosado
Brilla el sol con purísimos albores.
Sus cálices las flores
Abren al nuevo sol, de hojas repletas;
Resplandecen sus múltiples colores,
Exhalan dulce aroma las violetas,
Cantan himnos á Dios los ruiseñores.
Del campo ayer sombrío
Sobre la agreste y pálida llanura,
Al influjo de plácido rocío
Gérmenes brotan de feráz verdura;
Suspira en la espesura
Céfiro blando que en la selva anida;
La fuente que murmura
Canta las excelencias de la vida.
Ya del almendro la abundante rama
Florece perfumando el verde prado;

Canta el jilguero en la tupida grama
Con trino enamorado.
Rompe la tierra el refulgente arado,
Despiertan los pastores,
Renueva el campesino sus labores:
De la fragante acacia ayer dormida
Brota la flor que infunde en nuestra vida
Blando, excitante, embriagador aroma;
Ya la gentil paloma
Tiende su vuelo por el aire puro,
Y el ancho espacio hiende
Para llegar al tapizado muro,
Donde el fresco rosal sus ramas tiende,
Y en el que aguarda el casto compañero
Que al dulce amor primero
Despierta palpitante,
Viendo llegar la tierna esposa amante.
Del húmedo fresal las verdes hojas
Abren su cárcel al gentil capullo;
Tímidas de rubor despuntan rojas
Las temblorosas fresas, y al murmullo
De la brisa de Abril que las orea
Tiemblan, y al soplo que su pié cimbrea.
La verde clavellina
Renace al sol que amante la engalana;
La rosa alejandrina
Rica en fragancias mil se hiergue ufana;
Diáfano y claro el bullidor arroyo
Se desparrama en la floresta humbrosa,

Y el rio en su corriente melodiosa
Cantando de los campos los primores,
Brinda esperanzas y difunde amores.
¡Oh sol! ¡Oh luz! ¡Oh flores!
¡Oh Silvia idolatrada
Mi dulce compañera!
Gocemos de la brisa embalsamada
Que esparce la naciente primavera!
La dulce y placentera
Senda apartada que á vagar convida
Sea nuestro camino,
Dejándonos llevar por el destino
Que nos manda gozar la edad florida.
Y pues hoy nuevo sol al mundo vino,
¡Vivamos para amar! ¡Bella es la vida!

VIII.

ÚLTIMO SUSPIRO DEL OTOÑO.

Á Solomé Nuñez.

Del viento que los árboles despoja
Y abatiendo su pompa el tronco hiere,
El quejumbroso acento en cada hoja
Se lleva un ¡ay! de la estacion que muere.
Del monte altivo á la desierta cumbre
Mientras gime doliente el cierzo frio
Descienden con inmensa pesadumbre
Las anchas nubes de color sombrío.
Refleja el mar la lobreguéz del cielo:
La espléndida llanura
Tornóse árido suelo
Descolorida y sin verdor y oscura.
Ya el aire no resuena
Con cánticos de amores,
Azota el viento la crugiente entena
Y huyen el mar los tristes pescadores.
Las moribundas flores
Que del verde jardin adornos fueron,

Sin vida y sin amores
Desfallecidas de pesar murieron.
Silbando entre las cañas
Vaga el ábrego en triste melodía,
Y el rio entre sus juncias y espadañas
Preludia el fin del moribundo dia.
Perdieron ya los campos el tesoro
Que ayer Céres vertiera esplendorosa;
Las altas mieses del color del oro,
Las verdes parras y la vid pomposa.
Ruje el viento en los pardos olivares
Y Orion furioso amenazando guerra
Surge de los espesos castañares
Y ronco brama en la eminente sierra.
De la feraz llanura y prado herboso
Desparecieron las brillantes galas,
Los pájaros con vuelo perezoso
Vagan cerniendo las cansadas alas.
Las olas con que el mar su fondo mueve
Su furia estrellan en las altas rocas,
Y á la montaña la naciente nieve
Ciñe las blancas y tempranas tocas.
Los valles solitarios y desiertos,
Repiten de la mar el eco vago,
Los caminos cubiertos
De yerba y jaramago
Guardan las huellas que en profundo asiento
El tardo buey en el arado uncido
Dejó con paso fatigoso y lènto

De la carreta al rechinante ruido.
  Ya perdiéndose van los segadores
Por la vega, y el bosque y mustio prado,
Y tornan los pastores
Al amor de la lumbre deseado.
  El dulce canto que en alegres dias
El eco repitió, vago se pierde,
Y en granjas y alquerías
Resuena el recrugir del tronco verde.
  Dan sus ricos tesoros al granero
La rubia espiga y el turgente lino,
Y entorna ya el cansado molinero
La puerta del molino.
  Lánguido sol, que en rojos arreboles
Doras muriendo las colinas yertas
Y á quien siguen cual tristes girasoles
Mis ojos tristes y esperanzas muertas,
En los efluvios de tu luz poniente
Lleva el suspiro cariñoso y tierno,
Y sea en el hogar de Silvia ausente
Como en ella mi amor, huésped eterno!

Righi-kulm.—1867.

IX.

(Una salus victit nullas sperare salutas.)

Corriendo van tu corazon y el mio
De un amor delirante arrebatados,
Como van por el ímpetu del rio
Los rígidos cadáveres lanzados.
Se pierden en el mar, tristes despojos,
Los cuerpos que arrastraron las arenas;
Las lágrimas que vierten nuestros ojos
Se pierden en el mar de nuestras penas.
No intentes detener el curso airado
Del rio que rugiente se desborda;
Deja que nuestro amor desenfrenado
Vaya á perderse en su corriente sorda.
Va el rio al mar, y al piélago infinito
Corren á hundirse las deshechas quillas,
Como el placer en nuestro amor maldito
Lóbrego mar sin fondo y sin orillas.
Vano es volver la vista á lo pasado,
Vano nuestro pesar, llantos y enojos,
Sigamos nuestro rumbo apresurado
Cerrando al bien los espantados ojos.

Que pues la suerte nos unió á despecho
Del deber y el honor y el albedrío,
Tu pecho al estrechar contra mi pecho
Tu corazon juntando con el mio

Náufragos tristes que del viento aleve
Seguimos juntos la impulsion constante,
Juntos perdamos la existencia breve
Entre el fragor del huracan tronante.

Quédese atrás lo que olvidó el delirio;
Muerte y dolor el horizonte ofrece:
¡Quien buscó en su pasion tumba y martirio,
Consienta en sucumbir como merece!

París.—Enero 1868.

X.

Te amé desde niño; no sé si me amabas,
Ni osé preguntarlo, ni pude saberlo;
Partí de la aldea; la suerte lo quiso,
Te llevé en mi pecho.

Torné victorioso; mas ¡ay! que era tarde!
Seguida de un hombre salias del templo;
Tu dicha cantaban alegres campanas,
¡Tu dicha, y mi duelo!

Dos años más tarde pasé por la aldea,
Y hallarte dichosa pensó mi deseo.
No pude encontrarte; mas ¡ay! las campanas
tocaban á muerto. (1)

(1) Esta poesía y la siguiente son las únicas que he creido poder reproducir de la agotada edicion de mis primeros versos publicados en 1866 con el título de *Arpegios*, libro que á pesar de haberse agotado, me parece hoy detestable por lo descuidadísimo de la forma, como no podia ménos de ser, dadas las circunstancias en que fué escrito. Es la obra de un principiante sin experiencia alguna literaria, y llena de incorrecciones y defectos.

XI.

DESPEDIDA.

Aquí estoy... ¿he tardado, amada mia?
Ya apuntan los luceros,
Ya saludan los pájaros al dia
Posados en los verdes limoneros.
Habla bajo, por Dios, tu madre duerme;
No quiero que te riñan por quererme...

No llores ni suspires:
Cuando volver me mires,
La gloria que á tu amor traiga mi anhelo
Compensará el pasado desconsuelo.
No llores... mira bien que el tiempo vuela.
Cese, por Dios, tu lloro,
Cada lágrima tuya
Me borra de tus lábios un « te adoro. »

¡Cuánto en este lugar hemos amado!
Corrian murmurantes y tranquilos

Los arroyos del prado,
Que aroman las magnolias y los tilos...
¿Dices que tardaré? No, no lo creas.
¿Que no me olvidarás?... ¡Bendita seas!

Aquí te dije amores
Al verte sola por la vez primera;
Mira: llevo en el pecho aquellas flores
Que para mí robaste á la pradera;
Aún secas y marchitas
Viven á mi calor por ti benditas.
¡No suspires, mi bien... tu mano arde...
Cálmate... Adios, adios es ya muy tarde!...
Deja, por Dios, que del postrero beso
Lleve el calor: mi corazon lo espera;
Cruzando el mar lo mandaré á tu lado
Cuando la tarde muera!

. . . .

¿Has oido un rumor?... van á encontrarte...
Naciendo el dia está... ¡fuerza es dejarte!
Tuyo siempre, mi bien, mi eterno encanto...
¡Suéltame, por piedad... cese tu llanto!...
Que olvide mi deber... ¿ Eso me pides?...
¡Chisth! ¡Calla! ¡Adios! ¡Adios! ¡Que no me olvides!

XII.

A CÁRLOS COELLO.

¿Qué vago y misterioso desaliento
Mi corazon devora?
¿Qué voz es esta que con hondo acento
Dentro del pecho desengaños llora?
Vivir no puedo así; con sed horrible
Sigo una luz que su calor me ofrece,
Una ficcion, un sueño, un imposible,
Que oculto llama y que jamás parece!

La veo entre las mágicas visiones
De eterna pesadilla,
Y despierto con dulces impresiones,
Viendo siempre la luz que lejos brilla.
¿Quién es? ¿En dónde su fulgor destella?
¿Qué atmósfera la envuelve?
Tiempo me falta para hallar su huella;
Mas ¡ay! el tiempo que se va no vuelve!

Un año y dos, y treinta, en sed constante,

La busco y la persigo
Suspirando por ella delirante,
Y más se esconde cuanto más la sigo.
Á veces una forma encantadora
Me infunde una esperanza;
Y en engaño feliz mi alma la adora,
Y ciega en brazos de su amor se lanza.

Ya el breve encanto del placer pasado,
Le canto mi querella,
Y al ver el eco de mi voz ahogado,
Lloro al dejarla, porque no es aquella.
Mudanza infiel, ó criminal desvío
En derredor me acusa;
Mas ¡qué hará en desagravio el pecho mio
Si *ella* no es nunca la ignorada musa!

Mi alma abismada en hondo desconsuelo,
Tenaz dolor refleja;
Tal vez el alma que encontrar anhelo
Sin verme pasa y de mi amor se aleja.
La blanca nube en moribundo ocaso
Traspone la colina;
Mi edad tras ella consumiendo paso.....
Y el alma en triste soledad declina!

XIII.

La péndola monótona
Con su tenaz sonido
Un tiempo acompasaba
Nuestros amantes cálidos suspiros.

Minuto tras minuto
Las horas avanzaban,
Y un mundo de secretos
Habia en nuestras ávidas miradas.

La péndola en sus lentas
Sonoras vibraciones,
Marcaba los latidos
De dos enamorados corazones.

Así todo un invierno
Los dos, lejos del mundo,
La péndola tan solo
Nuestras veladas ignoradas supo.

Pasaron los amores,
Murieron los placeres,
De la pasion el fuego
Trocó la edad en desolada nieve.

Cuando en la fria noche
Del solitario invierno
Delante de la lumbre
Sombras evoco y mi pasado veo,

Cuanto adoré potente
Lo lloro destruido;
¡La péndola tan solo
Sigue, tenáz, hiriendo mis oidos!

XIV.

LA ORACION.

¡Oid! con son doliente que el ancho espacio hiere,
Resuena la campana cuando la tarde muere,
Y el sol hunde sus rayos en el confin del mar.
¡Oid! allá en la torre voltea la campana
Que al corazon infunde la santa fé cristiana
Y anuncia un dia ménos en el que va á espirar.

Ya el campo sin faenas quedando va desierto,
Las barcas pescadoras volviendo van al puerto,
La lumbre en los hogares comienza ya á lucir.
Fosforescentes brillan las murmurantes olas,
Y lánguidas las flores plegando sus corolas
Se humillan dolorosas sintiéndose morir.

El pájaro nocturno se cierne en la montaña;
Los perezosos bueyes tornando á la cabaña
Hoy como ayer pasaron, más lentos hoy que ayer!
Buscando van las aves el amoroso nido,
El bosque entre las ramas exhala hondo gemido,
Y van las hojas secas rodando á perecer.

La sombra se alza y crece; la noche avanza oscura,
Silencio reina en torno del monte y la llanura,
Y el campo no repite ni el más leve rumor.
Medrosa el aura leve los árboles orea,
Y el humo que levanta la oscura chimenea
Se pierde entre la sombra sin forma y sin color.

¡Orad! que son momentos de meditar en calma;
La luz que espira infunde recogimiento al alma
Y plácidos alivios al cotidiano afan.
¡Orad! que la campana con fúnebre armonía,
Recuerda en los celages del moribundo dia
Las horas que se alejan, los dias que se van!

Orad, y á Dios fervientes alzad los corazones
Y el alma en el crepúsculo sus breves ilusiones
Aprenda en las imágenes que mira por doquier.
La vida es luz poniente, sol que fugáz refleja,
La flor que se marchita y el humo que se aleja,
Hoja que el viento lleva rodando á fenecer!

Orad, y en estas horas de calma y de reposo
Serena el alma siga su rumbo proceloso
Del mar del infinito bogando en la extension.
¡Orad! Que nadie sabe si existirá mañana,
Y lenta resonando la fúnebre campana
Nos une al cielo amante con ecos de oracion.

En la montaña.—10 de Agosto de 1866.

XV.

El corazon me dice ¡ama y espera!
Y la mente me grita: ¡finge y calla!
La pasion siento en mí rugiendo fiera,
Y la razon la humilla y la avasalla.
Quiero sentir, y en vano voy buscando
Quien sienta como siento y como pido;
Quiero pensar, y el corazon llorando
Fallece en triste soledad y olvido.
¡Por esta lucha el alma combatida
Sucumbe la materia quebrantada,
Y al final voy llegando de la vida
Sin haber visto el sol en la jornada!

XVI.

Son las tres; va á venir; me ha prometido
Pasar toda una tarde junto á mí;
Todo la espera..... el cuarto perfumado
Cual árabe pensil,
Entornado el balcon, la chimenea
Rebosando de leña, que al crugir,
Produce sones que al amor convidan;
Abierto el piano; el wals en el atril,
Las azucenas esparciendo aromas
Vertiendo esencia el temblador jazmin

. . . .

¡Qué lento pasa el tiempo! ¡Oh lluvia grata!
Coro de besos me parece oir.
Bendita la cadencia cariñosa
Que nos arrulle así.
Me late el corazon; será que llega?....
La seda oigo crugir.....
Ya resuenan sus pasos temerosos.....
Se acerca..... ¡ya está aquí!

París.—Enero de 1870.

VII.

Mientras alegres cantan tiernos poetas
Del campo en luz bañado la lumbre pura,
Y el balsámico aroma de las violetas
Y la fuente sonora que amor murmura;
Mientras brindan amores de encantos llenos
Las flores de los valles, la luz del dia,
Y los limpios arroyos corren serenos,
Y en los álamos verdes la alondra pía;
Mientras mece sus hojas la esbelta palma
Que el aire cariñoso gentil cimbrea,
Y el mar, como tus ojos, inunda el alma,
Y al arrayan silvestre la brisa orea;
Mientras suenan canciones en las cabañas,
Y el ruiseñor exhala tristes congojas,
Y el sol dora las cumbres de las montañas,
Y en el bosque dormido tiemblan las hojas,
Y en el mundo se anuncia la primavera
Y es todo alegre y rico, pingüe y fecundo,
Ven, que tú y yo aquí juntos la tarde entera,
Vamos á ser dichosos lejos del mundo.

Ven, que ya el aposento donde te pido
Confesion de mil sueños, que tú no sabes,
Tíbio está y aromoso como está el nido
Donde el canto primero lanzan las aves.
Ven, que ya entre la leña que se consume
La moribunda llama tiembla y ondea,
Y al aire en que respiro falta el perfume
Que tu aliento de rosa siembra y orea.
Ven, que los verdes troncos crugiendo lloran,
Y los blandos asientos junto á la lumbre,
Convidan al secreto con que se adoran
Los que de amar á solas tienen costumbre.
Mirar con sed del alma quieren mis ojos
Los rizos desprendidos sobre tu espalda,
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos
Con mis manos dormidas sobre tu falda.
Yo te diré entre tanto que el aire hiere
Los entornados vidrios con dulces sones,
Lo que se siente viendo la luz que muere
Cuando envuelve la sombra dos corazones.
Te diré los tormentos en que me agito
Cuando en mis soledades, de sombras llenas,
En insomnio de amores febril palpito
Devorando en silencio mis hondas penas.
Te haré ver de mi lecho bajo la almohada
La rosa que en secreto me diste un dia,
Y á deshora me cuenta con voz callada
Lo que en tu blanco seno feliz sentia.
Verás junto á la vírgen que me consuela

Por mi madre bendita puesta en mi lecho,
Tu imágen que mi sueño constante vela,
Oyendo los supiros que da mi pecho.
Donde quiera que tornes tus ojos claros
Verás que tus recuerdos forman mi culto,
Porque de ellos mis ojos son siempre avaros,
Y ellos son el tesoro que guardo oculto.
Aquí hay calor del alma que tu amor siente,
Y al apagar la llama sus resplandores,
Darán dulces perfumes al tibio ambiente
Dormidas en sus vasos las frescas flores.
Aquí donde no alcanza la vista humana
Sentiremos corrientes fascinadoras,
Y pensando en que nunca llegue mañana
Dejaremos que pasen lentas las horas.
Aquí en estrecho lazo los dos unidos
Saldrán á nuestros lábios los corazones,
Y oiremos el eco de sus latidos
Contando en el silencio las pulsaciones.
Serán de nuestra dicha rítmico arrullo
Cuando el último rayo nos mande el dia,
La lumbre con su vago dulce murmullo,
La péndola con triste monotonía.
Resonará en mi pecho, rápido y breve
El suspiro medroso que amante exhalas,
Como el dulce aleteo tímido y leve
Con que el amor en torno cierne sus alas.
¡Voguemos en la sombra con rumbo á un cielo
Que oculta entre sus nubes luciente dia;

Deja que nuestras almas rompan su vuelo
Navegando en las ondas que el aire envia.
En las masas informes del ancho espacio
Y en la niebla flotante de mil vapores,
Levantaron los génios aéreo palacio
Donde cantan tus glorias y mis amores.
Yo te guardo una patria desconocida
Y en su region sin nombre serás señora;
Nuestro ambiente es la niebla descolorida,
Nuestro mundo la sombra desoladora.
Voguemos como el aire sobre la espuma,
Volemos como el viento que va perdido,
Y rompiendo anhelantes la densa bruma,
Busquemos otro mundo desconocido.
¡Espíritus errantes y misteriosos
Que vagais del espacio por las regiones,
Dadme el rumbo ignorado con que dichosos
Hallen su dulce asilo dos corazones!

¡Ay bien del alma mia! ya tu sonrisa
Me anuncia tu partida tan dolorosa,
De la tarde al perderse la última brisa
Me anuncia de tu ausencia la ley forzosa.
Ya para abandonarme sin que te vean,
Cuidadosa te cubres tu faz de cielo;
Déjame que mis lábios tu velo sean
Y que ardientes se posen sobre tu velo.
Que al escuchar cual dulce postrero goce

Tus pasos temerosos perderse iguales,
De la crugiente seda sintiendo el roce
Como de mariposas en los rosales,
Llorando tus ausencias que son tan largas
Cayendo en el hundido sillon de raso,
Lágrimas del recuerdo vertiendo amargas
Conservará mi oido tu último paso.
Y al amor de la llama que con su lumbre
Renovará en mi mente dulces ideas,
Comenzaré á escribirte segun costumbre
La carta que comienza—«¡Bendita seas!»

XVIII.

(Traduccion libre de Metastasio.)

Llegó el terrible instante:
Adios ¡Oh prenda mia!
¿Cómo podré yo un dia
Vivir lejos de tí?
Será eterno mi duelo;
No encontrará consuelo
Mientras que tú..... ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Deja que en pos al ménos
De mi perdida calma
Siga tu sombra el alma
Cual yo á tu amor seguí.
Errante peregrino
Yo iré por tu camino;
Y en tanto tú..... ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Allá en lejana tierra
Doliente el pecho mio,

Al valle, al monte, al rio,
Preguntará por tí.
Me encontrará la Aurora
Llorando hora tras hora,
Mientras que tú ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Verán mis ojos tristes
La playa, el bosque humbroso
Donde viví dichoso
Cuando tu amante fuí.
Felices pensamientos
Serán fieros tormentos,
Y tú mi bien ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Esta es, diré, la fuente
Donde lloró celosa:
Y luego en paz dichosa
La mano la tendí.
Aquí lloré mudanzas,
Allí me dió esperanzas,
Y tú mi amor ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
¡Cuántos verás en tanto
Llegar á tu morada,
Con alma enamorada
Buscando amor en tí!
Entre esos mil amantes
Rendidos y anhelantes.....
Quién sabe vida mia

Si pensarás en mí!
   Recuerda las memorias
Que hay en mi pecho ¡oh Nise!
Piensa que yo te quise
Y el premio no pedí.
   Piensa en el duro y fiero
Bárbaro adios postrero.....
Piensa..... ¡mas ay! ¡quién sabe
Si pensarás en mí!

XIX.

PUESTA DE SOL

Tu brazo sobre el mio,
Tu mano entre mis manos,
Y en lánguido descuido
Dejándote llevar,
Cuando la tarde muere
Volvemos de la playa,
Oyendo en son doliente
Las ondas murmurar.

Con paso perezoso
Cruzamos la vereda,
Tu lábio no se atreve
Palabras á decir.
Me rozan tus cabellos,
Me miras y te miro,
Suspiras y suspiro
Sintiéndome morir.

Murmuran quejumbrosas
Las hojas desprendidas,
Que hollando vas al paso
Con perezoso pié;
Tu planta se detiene,
Descanso grato brinda
La solitaria roca
Donde la mar se vé.

Ya solos en el mundo
Quiere el azar que estemos,
Mas ¡ay! que no acertamos
Ni tú ni yo á decir,
La frase que pintando
Lo que los dos sentimos,
Resuma en un instante
Diez años de sufrir.

¡Silencio! Que no asome!
No alteres la sonrisa
Que en tus medrosos lábios
Comienza á germinar;
Amo yo más mil veces
Cuanto adivino en ella,
Que todas las imágenes
Del diálogo vulgar.

¡Silencio! Que ni el aire
Que tus cabellos mece

Trayéndonos aromas
Que invitan al amor,
   Pueda en sus tíbias ondas
Llevar tu pensamiento;
Celos de muerte siento
Del eco y del rumor.

   ¡Silencio! Que no puede
Pintar idioma humano
Lo que tus ojos dicen
Clavados ora en mí;
   Del corazon que late
Llegando hasta mi mano
Pasando por la tuya,
Van penetrando en tí.

   Suspiros dolorosos,
Acentos nunca oidos,
Palabras nunca dichas
Ecos que al alma van;
   Lágrimas que no corren,
Sonidos que no suenan,
Latidos que anonadan
Y embriagador afan!

   ¡Silencio! No me digas
Lo que harto yo adivino,
Mírame hasta la aurora
Con alma y corazon.

Deja que nuestras almas
Se encuentren en la sombra,
Mientras el mar tranquilo
Murmura en lento son.

Mas ¡ay! que el blando rayo
De la indiscreta luna
Con plácida sonrisa
Nos viene á sorprender.
Sigamos la vereda
Tu mano entre mis manos,
La frente sobre el hombro
Dejándome caer.

Corrientes misteriosas
Que revolais perdidas,
Fundiendo almas errantes
Nacidas para amar,
Bendito vuestro ambiente
Que engendra amor del alma;
¡Bendita eternamente
La luz crepuscular!

XX.

Á EULOGIO FLORENTINO SANZ.

Ella es una muchacha de ojos de cielo,
Rubia cual la dorada mies del estío;
Hay en su frente nubes de desconsuelo,
Y no puede ahuyentarlas el amor mio.
¡Ay! así como es ella gentil y airosa,
Tan jóven, con su alegre dulce sonrisa,
Su elegante atavío, su faz de rosa,
Nunca será dichosa
¡Pobre Eloisa!

Acariciando amante sus blondos rizos,
Le dije al ver lo triste de su mirada:
Malhayan pobre niña tantos hechizos
Que dan una hermosura tan desdichada!
Lábios mil agostados en loco exceso
Marchitaron tu alma con raudo hastío;
Eras niña y en tu alma ya estaba impreso.
Yo te adoro por eso
¡Pobre amor mio!

Cuando tristes mirando morir los dias
Oimos en silencio pasar las horas,
Tú lloras por secretas melancolías,
Yo siento que me muero cuando tu lloras.
Daria porque fuera tu amor sincero
Puro, como el encanto de tu sonrisa,
Y por haber yo sido tu amor primero.....
Cuanto tengo, amo y quiero,
¡Pobre Eloisa!

Tu sientes, y eres buena, y es delicada
La oculta fantasía de tu alma ardiente;
Eres la flor marchita que va arrastrada
Del cenagoso rio por la corriente.
Pero dejarte quiero, mi mal no ahondes;
Tus monótonos besos me infunden frio,
Y esos tristes suspiros con que respondes
A mis quejas, son ecos de tu desvío.
Olvida estas calladas horas de invierno,
Que en tu lecho de raso no hay poesía
Para quien triste llora pesar interno,
Y desconsuelo eterno
¡Pobre alma mia!

Y ella escucha estas frases con dolor mudo
Y sus lábios buscando vienen mis lábios,
Escuchando mi acento doliente y rudo
Sollozando iracunda sordos agravios.
Y estruja entre los dedos sus ricas blondas,

Y se agita nerviosa, rompe sus galas,
Y me envia en su aliento penas muy hondas
¡Ángel que al cielo quiere volar sin alas!
Pero en vano es amarla y en vano lucha
Con mi pena, que á su alma tenáz ofende;
Corazon moribundo su pena es mucha
Porque quiere amar algo que no comprende.
Ya olvida, ya se anima, ya canta y rie,
Ya es loco torbellino, vuelve á la risa.....
Que triste es su mirada cuando sonrie!
Ya olvida, ya se engrie.....
¡Pobre Eloisa!

Octubre de 1868.

XXI.

De aquel suspiro que al aire diste
Cuando el nativo país dejé,
Mientras doliente, llorosa y triste,
Llanto vertias de amante fé,
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!

De aquella carta donde me dabas
Quejas amargas que no escuché,
Mientras mi ausencia larga llorabas,
Mientras artero yo te olvidé,
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!

De aquella tarde que á mi morada
Desde la aldea llegaste á pié,
Pálido el rostro, la faz cansada,

Buscando un alma que tuya fué.....
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!

De aquella trenza de negro pelo
Que á tu cadáver arrebaté,
Cuando llorando sangre del alma
Caí del negro féretro al pié.....
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!

XXII.

No me mires airada
No más enojos,
Mírame cariñosa, luz de mis ojos.

Mírame con los ojos
Medio entornados,
Dándome mil suspiros entrecortados.

Mírame con los ojos
Medio escondidos,
Como los de los niños que están dormidos.

Mírame tan de cerca,
Que con tu aliento
Aspire yo en tus ojos tu pensamiento.

Mírame mientras duren
Nuestras veladas,
Y contemos las horas por las miradas.

Ciégame de tus ojos
Con los destellos,
Mírame con el alma que asoma en ellos.

Mírame, que me hieres
Y no me dañas.....
Y yo vivo á la sombra de tus pestañas!

Valencia.—1867.

XXIII.

En el fondo del mar nació la perla,
En la alta roca la violeta azul,
En las nubes la gota del rocio,
Y en mis ensueños tú.

Murió la perla en imperial corona
En búcaro gentil la mústia flor,
En brillantes vapores el rocío.....
Y en tu memoria yo!

1866.

XXIV.

Tiempo, ausencia, sospechas y desvíos,
Todo para olvidarte lo intenté;
Fija en mi mente y en el alma impresa,
Alientas poderosa hoy como ayer.
En desamor constante
Y en pertinaz desden
Quiero borrar del corazon tu imágen.....
¡No puede ser!

¡Otras hay! piensa el ánimo inconstante;
¡Sólo hay una! me dice el corazon;
¡Alguna piensa en tí! grita el deseo,
Y oigo tu voz que dice: ¡Esa soy yo!
Y todas cuantas miro
Girar en mi redor,
Copian tu imágen, con tu voz me llaman.....
¡Irresistible voz!

Te finjo por la edad desmejorada,

Imagino en tu rostro arrugas mil,
Y entonces brilla y me deslumbra y ciega
La ingénita bondad que brilla en tí.
Y el pródigo tesoro
de tu bondad sin fin
Tenaz me obliga, y en tu casto seno
Mi amor torna á dormir.

Hallar entonces imagino aleve
Doblez en tu insensible corazon,
Y el ánimo cobarde te imagina
Engañosa y faláz y sin amor;
Pero tu eterno encanto
Y de tu acento el son,
Me mandan que te siga y que te adore.....
¡Y logras mas que yo!

¡Ah! de la edad en la fatal corriente
Cuanto amaba, inconstante lo olvidé;
Ciego creyente ayer, hoy pienso, y dudo,
Ora me hastía lo que ansiaba ayer.
Perdido el sentimiento
Que torpe derroché,
Hombre al fin, inconstante y veleidoso
Descubro mi doblez.

La sacra llama de los patrios lares
El santo fuego del naciente amor,
De eterna gloria el lisonjero ensueño,

La ardiente sed de férvida ambicion
El alma en sus albores
Latir febril sintió,
Y hoy llora desengaños y amarguras
En sombras de dolor.

Todo en lento descenso y en pendiente
Fatal, á despeñarse ví correr;
Cada cabello que la edad despoja
Se lleva un eco de la antigua fé.
Recuerdos y esperanzas
Mató el tiempo cruel,
Y tú en mí vives, y olvidarte quiero.....
¡No puede ser!

XXV.

LAS DOCE.—Á MARIANA.

Mientras dá el reló las doce
Á compás lento y sonoro,
En estas manos que adoro
Deja que mis lábios roce.
Deja que en silencio y calma
Te dé, mi gentil señora,
Un beso por cada hora
Que de placer diste al alma.
Uno, en memoria del dia
Que tus ojos me miraron
Y eterno amor me brindaron
Con dulce melancolía.
Otro, por los mil consuelos
Que halló en tí el alma angustiada
Al sentirse devorada
De fieros injustos celos.
Otro, por recompensar
Tu amoroso afan de oir
Que no podria vivir
Si me dejaras de amar.

Otro, por el dulce empeño
Con que fuiste mi enfermera,
Velando á mi cabecera
Como el ángel de mi sueño.
Otro por los mil perdones
Que siempre en los lábios tienes,
Para mis locos desdenes
Y mis fugaces traiciones.
Otro, para recordar
De tus lábios el chasquido
Cuando en sueño interrumpido
Dices mi nombre al soñar.
Este, en pago á la fineza
De aquella flor, que aún me dura,
Fresca como tu hermosura,
Blanca como tu pureza.
Este, por premio al afan
Con que entre dudas y enojos,
Tras de tu balcon, tus ojos
Siempre esperándome están.
Este, porque no concluyas
De escribir en largos dias,
Cartas con mil *vidas mias*,
Que son siempre *vidas tuyas.*
Este en fin, breve y sonoro
Pinte para tu consuelo
La pasion con que te anhelo
Y el amor con que te adoro.
Y este, que quiero imprimir,

Largo, vehemente y callado.....
Historia del bien pasado
Y augurio del porvenir.
  Ya del reló el triste son
Cesó, compasivo y lento.....

¡Deja á mi lábio sediento
Darte la repeticion!

1872.

XXVI.

Al volver tras la ausencia tan llorada,
Corrí á tu hogar, y en él no te encontré;
Mas ví en tu cuarto abandonado un velo
Sobre el respaldo del sillon aquél.
El ramillete de aromosas flores
Que al separarnos años há, te dí,
No adornaba la triste chimenea;
Que al ver tu olvido, se debió morir.
Este es el velo, sollozando dije,
Que un tiempo alzaba para verme bien,
Y el rostro al asomar tras el encaje
La luz del alba se asomaba en él.
Un fresco ramo de tempranas rosas
Gentil trofeo de triunfante amor,
Con su perfume el aire envenenaba
Destrozando mi amante corazon.
Salí de allí con vacilante paso,
Y de un clavo pendiente en la pared,
Donde un tiempo pendió el retrato mio,
El de un hombre risueño contemplé.

Le miré fijamente y cara á cara;
Quise hablar y á pedirle cuentas fuí,
Pero su alegre y pertinaz sonrisa
Me hirió en el alma, y me sentí morir.
Salí del templo donde fué mi culto
Tu alma engañosa y tu mentido amor,
Y á lo lejos te ví que á mí venias,
Y que al verme el color se te mudó.
Pasaste por mi lado vergonzosa
Mirando al suelo en palidez mortal,
Y con el velo el rostro defendiste,
Huyendo al verme en presuroso andar.
Y así como en un tiempo tras el velo
La luz radiante contemplé del sol,
Ora al verle caer, en sombra oscura,
Y en noche eterna mi dolor cayó!

XXVII.

A C....

Negros tienes los ojos,
Negro el cabello,
Negras las esperanzas
Y los recuerdos.
Desde que te conozco
Doquier te veo
Siempre vistiendo luto,
¡Siempre de negro!

Llevan las desposadas
Al ir al templo,
Blanca falda de raso
Y un blanco velo.
El dia de tu boda
Fué el de mi entierro;
Falda negra llevaste
De terciopelo.
Al dar el sí, tus lábios
Palidecieron,

Y tu color de rosa
Ya no te ha vuelto.
  Desde aquel dia, siempre,
Mi bien, te veo,
Siempre vistiendo lutos
¡Siempre de negro!

  La gloria y la fortuna
Nunca pudieron
De tu triste sonrisa
Fundir el hielo.
  Yo salvando por verte
Distancia y tiempo,
Te he visto muchas noches
Llorar sin sueño.
  De aquellas noches tristes
En el silencio
Tus sollozos amantes
Ahogó mi pecho.
  Cuando el naciente dia
Volvia á vernos,
El mundo nos hallaba
Siempre risueños.
  Pero yo te veia
Cual hoy te veo,
Siempre vistiendo luto,
¡Siempre de negro!

  ¡Cuántas veces á solas

Mudos y yertos,
Hemos llorado juntos
Del mundo lejos!
   Tus pálidas mejillas
Brotaban fuego;
Mis apagados ojos
Sangre vertieron.
   Nuestras almas se buscan
Siempre en silencio,
¡Ay! que solo en la sombra
Sentir podemos.
   Nuestros pálidos rostros
Ayer risueños,
Dicen que nuestras almas
Viven muriendo.
   Por eso vida mia
Siempre te veo,
Siempre vistiendo luto,
¡Siempre de negro!

   Negros tienes los ojos
Del alma espejo,
Que está el alma tan triste
Cual están ellos.
   Los mios ayer claros
Cuanto serenos,
De mirarse en los tuyos
Se oscurecieron.
   Que son en mi existencia

Tus ojos negros,
Abismos que se tragan
Mis pensamientos.
  Ellos por mí lloraron
Y yo por ellos,
Yo he llorado tus penas
Y tú mis celos.
  Cuando ya mi cadáver
Al propio peso
Se rinda, y de postura
Cambie mi duelo,
  Con la eterna sonrisa
Con que queremos
Que el mundo nunca sepa
Nuestro secreto,
  Disculpa como sueles
Tu raro empeño,
De vestir ese triste
Color de duelos.
  Yo sé que si otra vida
Me guarda el cielo,
Que será tambien tuya
Por sino eterno,
  Te veré siempre triste
Cual hoy te veo,
Siempre vistiendo luto,
¡Siempre de negro!

Niza.—1870.

XXVIII.

La vez primera que te dí la mano
Sentí tu corazon llamar al mio,
Y hoy al dártela frio y cortesano,
Siento en el alma de la muerte el frio.
Ayer al estrecharla fuertemente
Dulce sonrisa me anunciaba el cielo;
Hoy al darme la mano friamente,
Triste la vista escondes en el suelo.
Y es que al rigor del tiempo en la inconstante
Pasion fugaz, que el desamor mitiga,
La mano diestra en disimulo amante
Suele ser torpe saludando amiga.

XXIX.

Ayer fuí yo para tí
Apuesto, hermoso y galan;
Hoy con desusado afan
Buscas defectos en mí.

Vista te dan los enojos,
Yo á tu furor me doblego;
Pues sé que el amor es ciego
Y el ódio tiene cien ojos!

XXX.

Ponte la mano aleve, sobre el frio
Corazon, que en tu pecho está sepulto,
Y contempla despues el amor mio
Que un volcan de pasiones guarda oculto.
Y dime por qué esfuerzo sobrehumano,
Y burla despiadada de la suerte
Quiere el destino insano
Que tengas tú el color tan fresco y sano,
Y yo una eterna palidez de muerte.

XXXI.

Abanico negro
Que das aire blando
Y agitas cabellos
De color dorado,
Lleva en tus vaivenes
Á los frescos lábios
Suspiros errantes,
Que hallarás al paso.
En torno á la boca
Que un dia besaron,
Hoy revolotean
Tristes y callados.
Cuando cojas aire
Préndelos airado,
Y en aquellos hoyos
Al pié de los lábios.....
¡Entiérralos vivos
Por enamorados!

XXXII.

REMORDIMIENTO.

Veinte años há que en el añoso tronco
Del árbol secular,
Grabé tu nombre, mientras tú á su sombra
Rompias á llorar.
Nos separó mi olvido despiadado,
Por siempre te perdí;
Quedó para tormento eterno mio
Tu nombre siempre allí!
La guerra asoladora, de la aldea
Las casas arrumbó;
Taló los campos y arrasó las mieses,
Y la heredad taló.
Solo, en medio del campo desolado
Quedó el árbol aquel,
Testigo silencioso y juez sombrío
De mi pasion infiel.
Monges errantes en el campo yermo
Vinieron á habitar
Solitario retiro haciendo en torno
Del árbol secular.

Tu nombre igual al de la Vírgen pura
Leyeron con amor,
Y milagroso hallándolo, á tu nombre
Rezaron con fervor.
Voraz incendio el monasterio asola
Que cunde sin cesar,
Y otra vez queda el campo sin mas galas
Que el árbol secular.
Labran mis padres en la santa ruina
Con amorosa fé,
La pobre casa cuyo blanco techo
Desde la mar se vé.
Allí á la sombra de la encina añosa
La muerte encontrarán,
Y allí tu nombre, recordando el mio,
Tal vez repetirán.
¿Qué fué de tí? Desde la aldea al mundo
En alas del placer,
Pasaste como sombra pasajera
Que nadie ha vuelto á ver.
De tu hermosura el esplendor marchito
Tu casa sin calor,
Pobre, olvidada y de amarguras llena,
Sin alma y sin amor,
Tal vez pensaste en el que aleve un dia,
La paz te fué á robar,
Cuando tu nombre hacia compañero
Del árbol secular.
Árbol á cuya sombra desdeñada,

Diez años, veinte, cien,
Pasáramos la vida venturosa
Si yo te amára bien.
Tambien yo, de la vida en la revuelta
Y alegre confusion,
Viví deprisa y apagué en la orgía
La sed del corazon.
Tambien hoy al pensar en el reposo
Del silencioso hogar,
Vierto lágrimas tristes de amargura
Que nadie ha de secar.
Secreta voz de la conciencia mia
Que eterno bien perdió
Será tu nombre que en el tronco impreso
El tiempo respetó.
Muerta en la triste soledad oscura
¡Oh reina del festin!
Te lloré cuando el eco de tus glorias
Me reveló tu fin.
Era en un dia que á la triste aldea
Pensaba yo en volver,
Y adonde quiere mi fortuna impía
Llevarme á fenecer.
Ya del hogar los últimos linderos
El tiempo derrumbó;
La antigua torre y los podridos muros
El huracan tronchó.
La blanca casa de mis viejos padres
Monton de piedras es;

Duermen sus huesos á la sombra estrecha
Del funeral ciprés.
Ya no hay casas, ni sendas, ni cercados,
Ni cánticos de amor;
Ya no hay música grata en la arboleda,
Ni el suelo dá una flor.
Los mil recuerdos de la hermosa infancia,
¿Dónde, Señor, están?
¿Dónde las rosas de embriagante aroma,
Y el perenne arrayan?
Árida soledad en cuyo ambiente
No suena otro rumor,
Que el vuelo de las negras golondrinas
Girando en derredor!
Solo en medio del campo abandonado
El arbol secular,
Extiende sus mil brazos siempre abiertos
Llamándome á llorar.
Allí está, tan sombrío como el dia
En que á buscarte fuí.
Negra su sombra cual mi eterna pena!
Tu nombre ¡siempre allí!

XXXIII.

Gota á gota se deshacen
Las neblinas del invierno;
Grano á grano se derrumban
Los palacios y los templos;
Va secando hoja por hoja
Robles y encinas el viento.....
¡Cómo se nos va la vida
Niña de los ojos negros!
Hora, tras hora, tras hora
Pasan veranos, inviernos,
Las primaveras floridas,
Otoños de frutos llenos.
Rios, y fuentes, y arroyos
Octubre ha dejado secos;
Tu hermoso color, bien mio,
Se va perdiendo, perdiendo.....
Fibra tras fibra desgarra
Los corazones el duelo;
Gota á gota, la amargura

Traspasa el más duro pecho;
Uno por uno, cayéndose
Desparecen mis cabellos;
Los claveles de tus lábios
Con la edad palidecieron.
Mira la luz que se apaga,
Mira en cenizas el fuego,
Contempla el sol que se pone,
Oye cual se extingue el eco.
Así nuestro amor fué llama
Que avivó el vigor primero,
Y hoy convertido en pavesas
Corre á perderse en el viento.
Brillo han perdido tus ojos
Y vida y calor mis besos.....
¡Ay, que se nos va la vida,
Niña de los ojos negros!

XXXIV.

Si el bárbaro rencor en mí cupiera,
Hoy en tí sin piedad lo cebaría;
Pero yo no sé odiar, ¡ay! si supiera,
Á mí mismo no más detestaría.
Del santo amor que falsa y caprichosa
Me juraste hasta ayer, guardo el acento,
Y al recordar tanta mentira hermosa
Cuyos sonidos en el alma siento,
Tengo en mi ser impresa tanta frase
Por tí vertida con perjuro lábio,
Que aunque frases de agravios formulase,
No me queda lugar para el agravio.
Tú me enseñaste con doblez artera
Que yo franca nobleza suponia,
De la pasion amante y verdadera
La oculta y misteriosa poesía.
Aún el alma recuerda, dolorosa,
Las horas dulces junto á tí pasadas,
Cuando en amante soledad dichosa
Bebia yo la vida en tus miradas.

De aquellas horas en que yo sentia
Confundirse mi aliento con tu aliento,
Á mi me quedará la poesía.....
Y á tí te quedará el remordimiento.
Otra más franca que al amor aliente,
De corazon leal y apasionado,
Recogerá este amor siempre creciente,
Que tu infiel corazon en mí ha sembrado.
Tú entretanto siguiendo tu destino
Que es abrasarte en la pasion que ignoras,
Si vuelves á encontrarme en tu camino
Recordarás tal vez aquellas horas.
No temas que te increpe el lábio airado
Viéndote que me miras indecisa,
Ya el tiempo y la opinion me habrán vengado
Y harto adivinarás en mi sonrisa.
Quien sabe amar cual yo, no se arrepiente
Y en vano el desengaño me atormenta,
Que en vez del ódio al corazon que miente
Me da la sed de un corazon que sienta!
Y hallarlo espero; que aunque tú lo ignores,
Aunque juzgues al mundo por tí propia,
Creyendo que pues tú mientes amores
La humanidad tus veleidades copia;
Viven las almas que el amargo hastío
No sienten de las glorias de la vida,
Como vivió feliz el pecho mio
Cuando escuchaba tu pasion mentida.
Cuando incauto del tuyo cauteloso

Los latidos amantes escuchaba,
Y en tu caliente seno fatigoso
Eternas horas de placer pasaba.
  Tuyas son, para eterna gloria mia,
De esas horas las penas y el tormento;
De ellas me queda á mí la poesía,
Y á tí te quedará el remordimiento!

XXXV.

Á VIRGINIA BURRIEL.

Potente rey de Arabia ofrece al mundo
En público pregon,
Rico tesoro de cien mil zequíes
En premio de quimérica invencion.
«Pues que descubre el médico en las yerbas
»Remedio á todo mal,
»Y cura las heridas venenosas
»Que hace en la humana piel dardo mortal,
»Premio doy que deslumbre al más avaro
»Y en pago habrá de ser
»De quien sorprenda el sueño del que duerme,
»Palpitante y temblando de placer.»
Cunde la voz de la oriental ofrenda
Desde el bosque hasta el mar,
Y no hay doctor que descubrir consiga
Lo que sueña el que sueña sin hablar.
El rey en tanto desvelado gime
Y con mortal dolor,

Á la reina contempla que se agita
La noche entera en singular temblor.
Su médico Ismail por Aláh jura
Que es vano pretender
Descubrir el origen de los sueños
Con que febril se agita una mujer.
¡Oh mi sábio Ismail! el rey murmura,
Mi corona real
Venderé para tí, si de tu fama
Me das la prueba en mi dolor mortal.
Ismail sonriendo desconfia
De su oriental saber,
Y nadie acude al oriental palacio
La tentadora oferta á recoger.

Una alborada las doradas puertas
Franquea sin temor
La hermosa esclava que de Nubia un dia
Hizo venir el oriental doctor.
Señor, dice del rey que la interroga
Echándose á los piés:
Yo te diré, si tu perdon me ofreces
Lo que en celosaceguedad no vés.
Contempla el rey con asombrados ojos
De la esclava la fáz
Y ella en tranquila certidumbre ofrece,
Volver al pecho la perdida paz.
—De Ismail soy la esclava y compañera
Con oro me compró;

Mirándome en sus ojos que anonadan,
Cual tú celosa me consumo yo!
¿Saber pretendes lo que piensa en sueños
La reina al suspirar,
En cuyos lábios donde el alba rie
Dulce, eterna sonrisa ves vagar?
Sábelo pues; la espléndida hermosura
De ardiente corazon,
Sueña á estas horas que Ismail amante
La arranca de tu espléndida mansion.
Dulces palabras de pasion repite
La régia hermosa hurí,
Sonriendo al pensar que su ventura
Con mi señor logró lejos de tí.
—¡Tu lábio miente! el rey airado grita.
—¡Oh rey! ¿sabrás mejor
Que quien celosa en su dolor fallece,
Los sueños traducir de ajeno amor?
Y poniendo la mano temblorosa
Sobre el seno gentil
De la reina que sueña, el lábio ardiente
Una y dos veces murmuró:—¡Ismail!
Frenético el caduco rey de Arabia
Sobre ella se arrojó,
Y á la esposa infeliz con rabia loca
Entre las blancas sábanas ahogó.
La nubia esclava en tanto presurosa,
Felíz, torna á su hogar,
Y al lecho del señor, vertiendo llanto,

Llega y le escucha en soledad soñar.
¡Oh reina triste! con medroso acento
La esclava murmuró;
Muerte hallaste por pérfidos amores!
Y esto oyendo, Ismail se despertó.
Ya el rey dichoso, murmuró la esclava,
Logró su mal saber;
Y al sorprender lo que febril soñaba
Su vida arranca á la faláz mujer.
—¿Quién de los sueños sorprendió el secreto?
Loco Ismail gritó:
—Quien de celos muriendo en honda pena,
Los tuyos, torpe dueño, adivinó.
Soñaba el rey despierto, que adoraba
Régia consorte fiel;
Y sueñas tú que la tristeza mia
Solo es pesar de condicion cruel.
Yo sin soñar en mi esperanza vivo
Y aguardo sin cesar,
Que de mi eterno sueño de esperanzas
Sorprendas mi secreto al despertar!

Lágrimas vierte en el ardiente seno
De la esclava el señor,
Y olvidando á la esposa fementida
Se duerme en brazos del naciente amor.

Luqsor (antigua Tebas).—Noviembre de 1869.

XXXVI.

Yo nunca he sentido
Bienestar completo,
La fortuna loca
Siempre me halló cuerdo.
Desengaños llora
Sin cesar mi pecho;
Mi pasado es triste,
Mi futuro negro.
Sombras me rodean,
Luz me niega el cielo,
Zumban los pesares
En torno á mi lecho.....
Pero entre la sombra
Ya cerca, ya lejos,
Brillan las miradas
De tus ojos negros!

XXXVII.

ANTES Y DESPUES DE LA GUERRA (1).

La luz del sol naciente los campos alegraba;
Las tímidas violetas sembraban dulce olor,
Y el transparente arroyo sus cauces ensanchaba
Con plácido murmurio y armónico rumor.
Piaban en los nidos los cándidos jilgueros,
La alondra enamorada y el ruiseñor gentil;
Brotaban los jacintos del parque en los linderos
Y su boton rompian las rosas de hojas mil.
Del dia á los nacientes rosados resplandores,
Salian la fragancia del aire á respirar,
Él, rebosando vida y *ella* cantando amores
Cogidos de las manos y en plácido vagar.
Delante, cosechando las encendidas rosas
Dos niños sonrientes, con infantil placer,
Corrian persiguiendo las blancas mariposas
Que á los amantes padres venian á ofrecer.
Los toscos aldeanos al verles, sonreian

(1) Inspiró esta poesía la vista de dos encantadores cuadros de Bayard.

La pingüe siembra echando del campo en la labor;
Perderse en lo frondoso del bosque les veian
Oyendo el casto beso del conyugal amor.

¡Ay! de la vida humana, cuán poco el bien nos dura!
Pálido sol de Octubre, de lumbre funeral
Del campo yermo alumbra la tétrica llanura,
Con moribundo rayo de resplandor fatal.
Buscando entre las sombras al ánimo cobarde
Cônsuelo al bien perdido, y alivios al dolor,
La demacrada viuda sale al morir la tarde
Los ojos arrasados en llanto abrasador.
Los niños van vestidos de luto asaz temprano;
Los ojos alzan tristes, y en lento paso van;
La madre, que les lleva cogidos de la mano,
Mirando va la tierra con desusado afan.
Los pobres labradores, que de su bien testigos
Miraron con envidia su dulce bienestar,
Las flacas manos tienden, ya míseros mendigos,
Errantes pordioseros, sin pátria y sin hogar.
Ayer brotaban flores en la amorosa tierra;
La luz creó las plantas, la paz creó el amor;
¡Llevóse amor y dichas la asoladora guerra!
Dejó su eterna herencia; ¡la sombra y el dolor!

Agosto de 1875.

XXXVIII.

Soberbio, ateo, déspota, sañudo
Decia un español:
Ni á Dios, ni al rey, ni áun al destino rudo
La rodilla jamás doblára yo!

. . . .
. . . .
. . . .

Arrodillado sobre el duro suelo
Ayer le sorprendí,
Diciendo á una mujer de ojos de cielo:
¡Siempre, alma mia, me tendrás así!

XXXIX.

HISTORIA VULGAR.

¡Adios! le dijo, y la estrechó á su pecho,
Y ella y él sollozando y temblorosos,
Dejaron derramar llanto deshecho
Á sus dos corazones amorosos.
—¡Espérame! le dijo el que partia.
—¡Vuelve pronto! exclamó la que quedaba;
Y el moribundo sol que descendia
Veló en su sombra el beso que empezaba
Y que ninguno terminar sabia.

Pasáronse diez años influyendo
De contraria manera en los que amando
Vivian larga ausencia padeciendo;
Y él en las Indias engordó, escribiendo,
Y ella en España enflaqueció, esperando.

Por fin volvió el ausente con lucida
Salud, más fuerte que al partir de España;

Y pálida la halló, descolorida,
Tristes y hundidos sin calor ni vida
Los claros ojos que el insomnio empaña.
Y al volverse á encontrar, un grito ahogado
Dieron en un abrazo confundido:
Ella dijo feliz: ¡Cuánto ha ganado!
Y él dijo con dolor: ¡Cómo ha perdido!

Se hallaron otra vez, solos y amantes;
Las manos y las almas se estrechaban;
Pero las manos que temblaron antes
Esta vez ni oprimian ni temblaban.
El último fulgor del sol poniente
Vió sellar el consorcio prometido,
Y los lábios besaron brevemente
Con seco impulso y descarado ruido.

Iban ya por el mundo como esposos,
Ella en su ansiado dueño se apoyaba;
Mirábale con ojos amorosos
Y él silencioso y distraido andaba.
Ella tan fiel, tan dulce y tan constante
Como la tarde en que su amor partia;
Su pálido semblante
Ya espléndido de dicha, sonreia.
Él en cambio más triste y más sombrío
Tal vez pensaba en su ventura añeja:
Ella pensaba: ¡Para siempre mio!
Y él iba murmurando: ¡Está muy vieja!

Ya viejos son los dos; ella le admira
Sin recordar sus tiempos juveniles,
Y él..... la quiere tambien; pero suspira
Cuando en otras ve gracias femeniles.
Que al egoismo humano es desaliento
La flor marchita, y en igual ventura,
La mujer rinde culto al sentimiento,
Y el hombre rinde culto á la hermosura.

XL.

Flaca mendiga, jóven y graciosa
Me detuvo con ruego lastimero,
Escuálida y hambrienta y haraposa,
En tétrica y glacial noche de Enero.
Gran lástima me dió; pero del frio
Pudo más el rigor, que el inhumano
Vil corazon, y el egoismo impío
Privó la accion á la escondida mano:
Y con fria y benévola sonrisa
La aparté á un lado y caminé deprisa.

Era la misma; el vicio con sus galas
La convirtió en espléndida belleza,
Ángel impuro de doradas alas
Que el imperio logró de su impureza.
En un baile la hallé; quise su paso
Detener, contemplando su hermosura,
Crugir oyendo el sonrosado raso

Que destacaba la gentil figura.
Y ella entonces, ya reina esplendorosa
Que alegre y victoriosa
Una corte de amantes vió sumisa,
Me apartó indiferente y desdeñosa
Con aire altivo y con glacial sonrisa.

Yo pude ser su amor y ella ser mia,
Cuando la hallé llorando su amargura,
Y hoy en brazos del vicio y de la orgía
La sigo amante y me enamora impura.
¡Ay, ojos torpes, corazones frios.....
Llorad cegueras, y latid vacíos!

XLI.

Levántase espumosa y resonante
La embravecida ola,
Ya avanza, ya se hiergue, ya brillante
Al sol sus mil colores arrebola.
Ya desciende, ya tiembla, ya desmaya.....
¡Ya se disuelve en la arenosa playa!
Así el amor de una mirada ardiente,
Brotó como la espuma,
Hirguióse altivo con pasion creciente,
Fué clara luz y luego densa bruma
Y disuelto en el último latido
Se deshizo en cansancio y en olvido!

XLII.

¡La luz de la alborada ¡un nuevo dia!
. . . .
¡Ya el moribundo sol mis ojos hiere!
. . . .
Cada alborada una ilusion que nace,
Y cada sombra una ilusion que muere.
Un dia y otro dia nacer veo,
De uno y otro el postrero resplandor,
Ayer con penas me encontró la aurora,
Hoy me deja la tarde en el dolor.
Alumbra el sol y la esperanza alienta,
Se hunde, y con él ¡Oh santa fé, te vas!
¡Luz de la tarde! ¡Una esperanza ménos!
¡Luz de la aurora! ¡Un desengaño más!

XLIII.

LOS SOLDADOS.—NOCTURNO.

Al general Ros de Olano.

El viento resuena con ay lastimero
Silbando estridente con lúgubre son;
Su furia desatan los cierzos de Enero
Y crugen los goznes del alto balcon.
Rechinan dolientes los viejos portales
Que en sordo golpeo se escuchan sonar,
Y azota el granizo los frios cristales
Con ágrio sonido viniendo á chocar.
. . . .
Silencio imponente la calle circunda;
Ya el viento agitado cesó de rugir;
La lámpara triste con luz moribunda
Mil sombras derrama brindando á dormir.

De pronto un sonido que viene de fuera
Turbando á la noche la tétrica paz,
Ahuyenta del sueño la sombra primera
Con sordo murmullo que avanza tenaz.
Alerta se inclina curioso el oido,
Ya avanza el extraño creciente rumor;

Rumor compasado, velóz, sostenido,
Cual rápido golpe de ronco tambor.
  Del húmedo suelo las piedras mojadas
Retiemblan al fuerte, robusto marchar;
Ya suenan distintas las fuertes pisadas;
Soldados anuncian en rápido andar.
  Del lecho en el fondo les oigo, callados
Andando en silencio, con sordo rumor,
Y en larga columna de marcha formados
Del viento y la nieve sufriendo el rigor.
  Su paso escuchando con pena y asombro
Les veo la calle dejando detrás,
El saco á la espalda, las armas al hombro,
La vista en el suelo, marchando á compás.
  Robustos y sanos, potentes, membrudos,
Sufriendo la escarcha partir se les ve,
Gallardos moviendo los brazos nervudos,
Y hollando las piedras con bélico pié.
  Presiento en la sombra brillar las cornetas,
Crugir las correas que abriéndose van,
Y el brillo siniestro de mil bayonetas,
Que tintas en sangre mañana estarán.
  Cortando al caballo la rauda carrera
Guiando sus tropas irá el coronel,
Mirando en la triste velada vidriera,
La luz que le anuncia que sueñan con él!
  Del frio ventisco sufriendo el azote
La espada en la tierra dejando rozar,
Se ciñen los jefes el burdo capote

Y el rostro en el pecho pretenden guardar.
El uno en el seno de esposa adorada
Dejó vida y alma llorando al partir,
Y oculta un suspiro con tos entreahogada
Pensando en las cartas que le ha de escribir.
El otro, recuerda que andando se aleja
De apremios y deudas y sino traidor;
Aquel, va pensando las novias que deja,
Aquel, del invierno maldice el rigor.
Los unos, de envidias y ofensas dolidos
Blasfeman jurando la muerte buscar;
Los otros, soñando con muertos y heridos,
Calculan los grados que esperan lograr.
La sombra los cerca, la lluvia los baña,
Cumpliendo severos su ingrata mision
Los pobres soldados á entrar en campaña
Caminan marchando con lúgubre son.
¿Qué van meditando? Sus nobles destinos
Cumpliendo con suerte dichosa ó fatal,
Irán dando tumbos por esos caminos
Durmiendo en el fango, rompiendo el jaral!
Marchando repasan recuerdos que afligen;
Suspiran algunos con hondo dolor,
Y al cielo sombrío miradas dirigen
Pidiéndole al cielo fortuna y valor.
Alguno presiente que en dias cercanos
Su pueblo nativo de lejos verá;
Y á verle al camino saldrán sus hermanos
Y el plus que conserva feliz les dará.

De gloria ambicioso, con alma sedienta,
Más de uno desea que empiece una accion;
Y piensa en las glorias que el mundo nos cuenta
De humildes soldados que alzó la nacion.
Murmuran algunos con voz apagada
Del jefe cercano que oyéndoles va,
Y alguno hay que piensa, «¡mi madre adorada
Soñando conmigo, rezando estará!»
Los ya acostumbrados á rudas campañas
Contentos caminan pensando en vencer;
Los mozos bisoños, leyendas extrañas
Medrosos recuerdan que oyeron ayer.
Sus pasos cortados, de igual movimiento,
Curioso el oido se esfuerza en oir,
Y al alma me llegan, y va el pensamiento
Su ingrata jornada queriendo seguir.
Les veo subiendo peladas colinas,
Bajar al pantano, cruzar el fangal,
Y en sangre tiñendo sus pies las espinas
Del áspero abrojo y el seco zarzal.
Mañana en la ruda sangrienta batalla
Caerán los más fuertes del plomo al rigor;
Sus miembros astillas hará la metralla,
Con hórrido estruendo y en ronco fragor!
Los pechos nervudos que alientan fornidos
Caerán en la lucha rabiosa y febril,
Regando de sangre los campos floridos
Que encharca la horrible contienda civil.
De tantos que escucho marchar presurosos.

Si vuelven, á verlos sus madres irán;
Vendrán muchos ménos, los ojos llorosos
Querrán encontrarlos y no los verán!
Las caras que adustas severas y rudas
Resisten marchando del tiempo el rigor,
De huérfanos tristes y madres y viudas
Anuncian el hondo y eterno dolor.
Marchando se alejan en pos de la guerra,
Mañana á estas horas llorando estarán,
¡La patria sin sangre, sin brazos la tierra,
Las madres sin hijos, los hijos sin pan!
¡No importa, adelante! luz brinda el camino,
Del mundo son ellos la guarda y sosten;
Que cumplan es fuerza su noble destino,
La patria les pide que gloria le den!
Que en ansia de gloria su pecho se inflama
Declara en su marcha su bélico ardor.
La guerra los pide, la patria los llama,
¡Ni hay más noble empleo ni empresa mejor!

Ya amengua el sonido del paso cortado,
Se extingue, se alejan con rápido andar,
Ya le oigo á lo lejos, igual, compasado,
Tenaz, sostenido, distante sonar.
La mente conserva sus gratos rumores.....
Aún suena el distante monótono son.
. . . .
¡Señor! ¡Que les oiga volver vencedores!
¡Su sangre es la mia, la patria ellos son!

1874.

XLIV.

LA CONFESION.

El confesor me dice
Que no te quiera;
Y yo le digo, ¡Padre
Si usté la viera! (1)

Dice que tus amores me vuelven loco,
Que á mi deber no atiendo, que duermo poco;
Dice que nuestras muchas conversaciones
En la aldea fomentan murmuraciones;
Dice que no quererte fácil me fuera;
Y yo le digo, ¡Padre
Si usté la viera!

En vano le aseguro que eres tan pura,
Que hay que rezar delante de tu hermosura;
Que eres gentil y airosa cual la azucena,
Que nacen en tus lábios nardo y verbena;
Que son lluvia de Mayo tus blondos rizos

(1) Copla popular.

Y que vivir no puedo sin tus hechizos.
Él me dice muy fosco, que es gran quimera;
Y yo le digo, ¡Padre
Si usté la viera!

Confesando que el alma tengo en tus ojos
Me dijo el padre cura con mil enojos,
Que un pecado tan grande no perdonaba,
Y que si te queria me condenaba.
Yo entonces en amante dulce arrebato,
Del pecho en que le llevo saqué un retrato;
y el cura al ver tu imágen, luz y alma mia,
Contemplándola absorto, se sonreia.
—¡Esta sí que refleja santos amores!
¡Creyó que era la Vírgen de los Dolores!
—No hay como esta ninguna, que luz destella!
Y yo le dije entonces: ¡pues esta es ella!
Olvidado ya el cura de su corona
Dijo abriendo los ojos: ¡linda persona!
Si es buena cual hermosa, que en paz te quiera!
Y yo le dije, ¡Ay Padre
Si usté la viera!

Octubre de 1871.

XLV.

Á LA MARQUESA DE SANTIAGO.

¡Si yo un hijo tuviera
Blanco, rubio, con ojos muy rasgados,
Y que se sonriera
Mientras su madre y yo del mundo aislados
Cantáramos al borde de la cuna,
Ya no quisiera yo mayor fortuna!
Esto pensaba viéndome soltero
En las noches de Enero, en que aterido
Al volver del gran baile con el alba,
Me tendia en mi lecho fementido
Puesta la mano en la naciente calva;
¡Cuantas, cuantas pasé mirando al techo
Horas eternas en desierto lecho!

Y entonces, recorria
Los recuerdos del baile ó de la orgía,
Las impresions en monton del dia
Y el temor del siguiente
Que habia de pasar entre la gente,
Visitando señoras,

Fomentando amistades tentadoras,
Comiendo en el Hotel ó en el Casino,
Gastando un dineral en pan y en vino
Y en guisotes menguados,
Tan mal servidos como bien pagados;
Vistiéndome tres veces
Yendo al teatro á celebrar sandeces
Y á sentarme de espalda al escenario
Para mirar con sin igual descoco
A la linda mitad de un millonario,
Que me tendria con sus guiños loco;
Aprovechando entero el intermedio,
Yendo al palco de al lado y al de enmedio
A ver á la condesa ó la duquesa
Y á decirles piropos de cumplido;
Acabado el teatro ir á otro *nido*
Á tomar dulce té con las amigas,
Urdir de amor diabólicas intrigas,
Murmurar *sotto voce*,
Ir al *Veloz* á completar la noche,
Jugar al *Baccarrat*, perder cien duros,
Cenar frio á las tres, pasar apuros
Para hallar al sereno
Que me ha de abrir la puerta de mi casa,
Con un frio glacial que me traspasa,
Y volver á encontrarme solo y harto
Desierto el lecho y sin calor el cuarto!

. . . .

«¡Si yo tuviera un hijo!»

Esto pensaba yo y hablando *in mente*
Con este pensamiento siempre fijo,
Recordando el pasado y el presente,
Pedia un porvenir á mi ventura
Viendo en mi corazon negra amargura;
Porque yo padecia
Nostalgia de un estado diferente;
Porque la libertad, con serlo, hastía
Sino le da calor la tiranía
De un lazo de cariño permanente.
¿Qué me importan á mí ni el sol, ni el cielo,
Ni el aire fresco en riguroso estío,
Ni el dilatado suelo
Que holla mi planta y que contemplo mio
Porque nadie mis ímpetus domina
Ni esclavo soy de obligacion ninguna,
Si solo al fin mi corazon declina
Feliz sin dicha y rico sin fortuna?

. . . .
. . . .

Mecían una cuna
En esas noches de Diciembre frio,
En un cuarto que habia sobre el mio;
Y siempre que á dormirme comenzaba
Oia que sonaba
La cuna de madera,
Cantando un villancico una niñera,
Con voz sentida y persistente empeño
De darme envidia y de quitarme el sueño.

¡Con qué afan me casé, querida hermana!
Tú no sabes aún todo lo entero
Del sí que dí, cuando á la fé cristiana
Respondí en el altar aquel «¡Sí quiero!»
Y á no haber sido por mover la risa
De los oyentes y la curia toda,
Debí añadir: «Y quiero y me precisa
Si ha de valer mi boda,
Un niño rubio, que al cumplirse el año,
Me recompense del soñar de antaño.»
(Pero este asunto que á tu alcance fío
No era asunto del cura, sino mio.)
Y hénos aquí que en el amor del fuego
Fundiendo amantes el feliz cariño,
La noche larga en plácido sosiego
Juntos pasamos contemplando al niño.
Ella le mece, y con amante anhelo
Yo invento coplas y en su faz respiro,
Y en el vaivén de la crugiente cuna
Es blando arrullo el maternal suspiro.
Dormido al dulce susurrar del canto
Sonríe acaso porque yo le velo,
¡Tiene mi niño misterioso encanto;
Rubio como los ángeles del cielo!
Ayer mi solo afan era tenerle.
«¡Si yo un hijo tuviera!»
Hoy mi solo temor es el perderle.
¡Ay! ¡Si se me muriera!

5 Febrero de 1873.

XLVI.

NUEVO HIJO.

Apagados tus ojos tan serenos,
Y tu risueña faz en sombra envuelta,
Y en desaliño la sin par copiosa
De rizos blondos cabellera suelta?
En tu pálido rostro, ayer rosado,
De insomnios hay reveladoras huellas;
Las rosas de tu tez se han marchitado
Y hoy brotan lirios donde fueron ellas.
Nido buscan pesares pasajeros
De tus pestañas á la dulce sombra:
Tus perezosos piés, ayer ligeros,
Hunden las flores de la blanda alfombra.
Todo me anuncia en tí dolencia grave.....
¡Y alegre mi alma está porque la sabe!
Y es que despues del llanto derramado,
Y en tantos meses sin cesar vertido
Por aquel hijo mio idolatrado,
Para siempre ¡ay de mí! desparecido,
En tus pupilas que el amor dilata

Brilla una luz que el alma me deslumbra,
Y en nuestro hogar, trás el pesar que mata,
Naciente sol de bienestar alumbra.
Es que en tu sér un sér sus alas posa,
Su vida en el misterio está velada,
Y al presentir su aparicion dichosa
Yo aspiro ya su aliento en tu mirada!
Su sonrisa en tus lábios ha brotado
Su aliento es ya tu maternal suspiro,
Y al aspirar tu aliento perfumado
Junto á mí me parece que le miro;
No existe, y yo le llamo noche y dia;
Tarda en venir, y su llegada imploro,
Que es el sér de tu sér, y es alma mia,
¡Y no ha nacido aún, y ya le adoro!

Diciembre de 1873.

XLVII.

Á JUAN JOSÉ HERRANZ.

Tengo en casa desde niño
Un Saturno en blanco yeso,
Á cuya efigie profeso
Un entrañable cariño.
Del tiempo la seca faz
Aun siendo cual es mentira,
Con tan raro afan me mira
Que nunca me deja en paz.
Siempre ha sido en mis dolores
Alivio de mis placeres,
Frio juez de las mujeres
Y censor de mis amores.
Yo leo en su faz amiga
Con cuya dureza lucho,
Palabras que siempre escucho
Aunque nunca me las diga.
Cuando niño enamorado
Volvia á mi hogar sufriendo
Él me miraba diciendo:

III

—Ya sé lo que te ha pasado.
Y al verme sencillo amante
Llorar mi pena amorosa
Con sonrisa cariñosa
Decia siempre ¡adelante!
Ya más hombre, meditaba
Sobre otro amor que sentia,
Y él entonces me decia,
—El más firme amor se acaba!
Hoy, cuando en mi soledad
Me oye hablar de una mujer,
Dice olvidado de ayer:
—No la creas; no es verdad!
Ayer, su faz bondadosa
Me animaba en toda empresa,
Y solia decir; esa
Es pobre, pero es hermosa!
Hoy el yeso tinto en cobre
Ya por los años cambiado,
Me dice más reposado;
Es hermosa..... pero es pobre!
Un tiempo fué mi defensa
Del amor en la pendiente;
Ayer me decia ¡siente!
Hoy suele decirme ¡piensa!
Se van los años volando,
Y el tiempo frio y mudable
Va con afan miserable
Mi corazon marchitando.

Y de mi error al salir
Viendo que es vano pensar,
Que un tosco yeso ha de hablar
Y hacer á un alma sufrir,
Me han dicho las canas mias
Que no es él quien me confunde,
Que es la edad, la que me infunde
Todas estas picardías!

XLVIII.

Se cayó su pañuelo de encaje,
Y corriendo en confuso monton
Á cogerlo á la vez fuimos todos;
¡Logré alzarle yo!
Y al mirar su graciosa sonrisa
Y al mirar á los otros sufrir,
Y al sentir en mi mano la suya.....
Feliz sonreí!

Otra vez su bordado pañuelo
Ayer ví que caer se dejó,
Y otra vez á cogerlo van muchos.....
Y el último, yo.
Y al notar cuan amable sonrie,
Y al mirar á los otros sufrir,
Y al mirar al triunfante gozoso.....
Tambien sonreí.

XLIX.

VECINO CURIOSO.

Allí está; del balcon entornado
Veo luz tras el terso cristal,
Y á través de la blanca cortina
La veo rezar.
¡De rodillas y al cielo los ojos!
Tal vez busca á sus penas la paz.
Largo el rezo y ferviente parece.....
¿Por quién rezará!

Ya acabó; de su lecho en la almohada
Un objeto la miro buscar.....
¡Una carta! Sentada en su lecho
Leyéndola está.
Se sorprende: ya dobla la hoja,
Terminó; ya la vuelve á empezar.....
Y se anubla su frente serena.....
¿Quién le escribirá!

El papel otra vez ha escondido.....

Pensativa quedándose está;
Se levanta, se acerca á la mesa.....
La veo buscar.....
Una carta á escribir ha empezado
Que interrumpe de llanto un raudal.....
¡Una carta, en que lágrimas vierte!....
¿Para quién será!

¡Oh cuán bella en su llanto la admiro
Y en su amante infeliz soledad
Al espejo mirando llorosa
Su pálida faz!
Ya del pecho se arranca las flores,
Un clavel se la ve deshojar,
Y otra vez á su llanto se entrega.....
¿Por quién llorará!

Suelto flota abundante el cabello,
La ancha bata despréndese ya,
Así Vénus al mundo aparece
Surgiendo del mar!
Sobre el lecho crugiente se arroja.
Ya no hay luz. ¡Oh ventura fugaz!
¿Dormirá? Tal vez sueña..... Dios mio.....
¿Con quién soñará!!

L.

WALS.

A José Casares.

Ciñendo mi brazo su lánguido talle
Rozando mi frente su rostro gentil,
Vertiendo sus ojos brillantes destellos,
Mirándome en ellos
Mil veces y mil,
Del wals que empezaba pensando en los giros,
Sintiendo en mis lábios sus hondos suspiros,
Con voz presurosa y amante y callada
Le dije, *te adoro*,
Con ánsia febril.

Y viendo en sus frescas megillas de rosa
Su santa inocencia brillar pudorosa,
Mirando su frente latir temblorosa,
Y el cándido seno
Latir de emocion;
Sintiendo á mis lábios el alma asomada
Y á impulso invencible del alma extasiada,
Fundiendo en la suya mi amante mirada,
¡Rompió la armonía.....
Y habló el corazon!

Tú eres la esperanza que alienta dichosa,
Tú eres el ambiente que impregna mi ser;
Tú eres el efluvio de luz misteriosa,
Tú eres el aroma que brinda al placer.
Para tí derraman fragancias las flores,
Para tí es el canto del aire al vagar;
Para tí en las ondas que cantan amores,
Te bordan encajes las algas del mar.
Brilla en tus pupilas fé que alienta y salva
Brota en tus megillas el fresco clavel,
Nacen en tu frente las tintas del alba,
Panal son tus labios de rosa y de miel.
En tarde serena las nubes lejanas
Extienden calladas su espléndido tul,
Y en blancos festones de mil filigranas
Descubren del cielo la atmósfera azul.
Así al escucharme temblando vacilas:
Tu frente serena se anubla fugaz:
Que brille en tus castas y frescas pupilas
¡La fé que te anuncie la calma y la paz!
No turbes medrosa tan plácida calma
Con tímidas nubes que el alma en tí vé;
Mi amor te asegura las dichas del alma;
¡Sé tú la esperanza, que yo soy la fé!

Te sueña en sed ardiente la mente deseosa
Y el corazon sediento te busca con afán,
Y brindan tus pestañas la calma venturosa,
Que da en sus verdes hojas el plácido arrayán.

Aspira en tí el deseo aromas tentadores
Rivales del intenso perfume embriagador
Que al espirar la tarde vagando entre las flores
Esparce el bosque humbroso, del viento en el rumor.
Mi atmósfera es tu aliento, tu llanto mi rocío
Y en mis ensueños vagas, espíritu ideal,
Lánguida cual los blancos nenúfares del rio,
Dulce como el sonido del fresco manantial.
Las ondas misteriosas que tus suspiros crean
Repiten tus encantos, como en rumor sin fin
Los céfiros amantes que el fresco valle orean
Las dulces armonías del aura en el jardin.

Yo soy el eco
De tus suspiros
Vivo á la sombra
Que hace tu luz,
Tú eres quien crea
Mis pensamientos;
Lo que yo canto
Lo inspiras tú.
En los ensueños
De mi esperanza
Todo tu imágen
Me brinda á ver.
La luz tus ojos,
Tu voz la brisa,
Y el aire vago
Tu amante ser.

Y al extinguirse
Los resplandores
De la luz vaga
Crepuscular,
En los aromas
Que dan las flores,
Tu aliento tibio
Siento cruzar,
Y en los murmurios del bosque humbroso
Y en el doliente
Son quejumbroso
Del rumoroso
Rio al sonar,
Y de las flores en las corolas
Y en los mil besos
Que da en las olas
Con aureolas
Que borda el mar
La casta luna, dulce y callada
Con luz prestada
De tu mirar.

Ingénito en mi vida
Mi amor en tí esperaba,
Decírtelo era fuerza,
Tardaba la ocasion.
La espléndida armonía
Del wals me dió su amparo,
Brindando á que sus cárçeles

Rompiera el corazon.
Si adversa la fortuna
De hoy más nos alejára,
Si airado mi destino
Nos vuelve á separar,
Sábelo; donde quiera
Que alientes venturosa,
Los ecos de mi acento
Te irán á acompañar.
Si las tempranas flores
Te brindan grato aroma,
Dí entonces que en mi aliento
Alma y calor les dí.
Si vés que se marchitan
En tu albo y fresco seno,
Piensa que amante y solo
Llorando estoy por tí.
Si alientas venturosa,
No pienses en mis penas,
Que yo viéndome alegre
Tu bienestar sabré.
Y si el dolor te abruma,
Cuando el pesar te aflija
Suspira y dí mi nombre,
Que al punto acudiré.
La dulce melodía
Se extingue perezosa;
Dejarte es ya preciso
Con el postrero son.

Consérvalo en tu oido
Cual yo, que mientras viva,
Como la imágen tuya
Lo imprimo al corazon!

Y al dar la ignorada benéfica mano
La nota postrera del wals en el piano,
Soltando su talle que amante ceñia
Mirando su hermosa
Mortal palidez,
Con voz apagada y ansiosa y temblando,
Con vida y con alma su amor implorando
Sintiendo el cabello rozando mi frente,
Callado un *te adoro*
La dije otra vez.

Y entonces, al darme su voz apagada
Con dulce sonrisa respuesta callada,
Palabra medrosa deprisa lanzada
Que en júbilo inmenso
Mi pecho inundó,
Brillaron las luces cual astros del dia,
Nació esplendorosa la rica poesía,
Llenóse el ambiente de eterna armonía....
Y en su alma y la mia
La vida surgió!

LI.

EL PASAPORTE.—Á ROSA.

Á Francia vas; si el pasaporte quieres
Yo te lo puedo dar
Tan exacto y tan fiel, que nadie dude
Rosa, de que eres tal.
Rosa dirá en el frente; el aduanero
Al verte pensará
Que si las rosas contrabando fueran
Él no quisiera más.
Tu edad tal vez le dejará dudoso,
Que en el mundo al entrar
Tienes rosa temprana, la hermosura
De espléndida beldad.
Las señas te pondré bien detalladas;
Ninguna faltará,
De memoria las sé, y una por una
Las voy á enumerar.
Ojos; negros, traidores, *asesinos*!
Más... ellos pasarán,
Que al verlos, el guardian de la frontera

Débil sucumbirá.
Frente; serena, como el alba pura.
Boca; como un panal
Donde en ámbar y miel nacen claveles
Que fresco aroma dán.
Color; como las blancas azucenas
Del alba al despertar.
Pelo; de igual color al que en las mieses
Ostenta sin igual
La rubia espiga que en doradas haces
Al sol se vé brillar.
Estatura; la palma cimbradora
Que al viento besos da,
Su lánguida esbeltez presta á su talle
Y al vagaroso andar.
Señas particulares; unas manos
Que al mármol celos dan,
Y unos piés diminutos y embusteros
Que al suelo hacen mirar.
El corazon, sencillo y candoroso,
El alma, celestial,
Y una melancolía misteriosa.
Que atrae sin cesar.
Que nadie ponga impedimento al viaje
Sin motivo especial
Dice el papel, y yo presiento niña
Que harto motivo habrá.
Porque al verte corriendo por el mundo
Y haciendo tanto mal

Con esos ojos que las almas rinden.....
¿Quién no te detendrá?
Por el Rey pasaporte te conceden,
Tu viaje sigue en paz,
Más si yo fuera rey..... te lo aseguro,
¡No te dejo marchar!

LII.

No esperes nunca el perdon
Que yo no te puedo dar;
Vano es que finjas llamar
De nuevo á mi corazon.
Me heriste, y aunque hoy me ofrece
Tu franca amistad la mano,
Ni el tiempo en mí pasa en vano
Ni la memoria envejece.
Dura, de lumbre ostentoso
Con luz clara y deslumbrante,
El espléndido brillante
Que al tiempo vence orgulloso.
Dura, siglos el portento
Que gótica arquitectura,
Labró en ancha piedra dura
Y en fuerte y hondo cimiento.
Dura y á los siglos queda
Para memoria adorada,
El hierro en gloriosa espada

Y el oro en rica moneda.
Dura en eterna memoria
Cuanto el hombre altivo quiere,
Débil papel, que no muere
Si acredita herencia ó gloria.
Dura el árbol secular,
Resiste al tiempo la torre,
Y no hay envidia que borre
Nombre que debe quedar.
Pero es de más duracion
Pues á la tumba nos sigue,
El recuerdo que persigue
Al herido corazon,
Y no hay lenitivo al daño
Que hacen con herida intensa,
La memoria de una ofensa
Y el dolor de un desengaño!

LIII.

Á CAMPO-ARANA.

Creer, para sufrir el desengaño;
Soñar, para llorar cuando despierto,
Buscar la dicha cual remoto puerto,
Que nunca abordo, por destino estraño.
Sembrar el bien y cosechar el daño,
Dejar lo fijo por seguir lo incierto,
Ver siempre cerca y á mis piés abierto
El ancho abismo de amoroso engaño;
Batallar con mi suerte rencorosa,
Ocultar del dolor la eterna herida,
Sentir el arte y respirar la prosa
Y ver mi triste juventud perdida,
Tal es, en suma, mi existencia hermosa;
Y á esto llaman vivir..... y esta es la vida!

LIV.

Á LUIS VIDART.

Explicando una tarde anatomía
Un sabio profesor,
Del corazon á sus alumnos daba
Perfecta descripcion.
Anonadado por sus propias penas
La cátedra olvidó;
Y á riesgo de que loco le creyeran,
Con alterada voz
Dicen, señores, exclamaba pálido,
Que nadie consiguió
Vivir sin esa víscera precisa.
¡Error, extraño error!
Hay un ser de mi ser, una hija mia
Que ayer me abandonó;
¡Las hijas que abandonan á sus padres
No tienen corazon!

Un estudiante que del aula oscura

Se oculta en un rincon,
Mientras los otros asombrados oyen
Tan público dolor,
Sonriendo, á un amigo y compañero
Le dijo á media voz:
¡Piensa que á su hija el corazon le falta.....
Y es que le tengo yo!

LV.

Era una amante y desdichada esposa
Y en fuerza de sufrir,
Pensando del esposo en el desvío,
Sentíase morir.
De todo sospechaba aunque no viera
Ni sombra de verdad;
Y fantasmas creando, sollozaba
En triste soledad.
Tenia, por fortuna, una piadosa
Constante amiga fiel,
Con quien á solas comentar solia
Lo que pensaba de él.
Veinte años há que viven como hermanas
Vecinas siempre son;
La esposa devorada de los celos,
Le abre su corazon.
—Tal vez en este instante está con otra
Siempre diciendo está.
—Al fin, dice su amiga, tantas dudas

El tiempo borrará.
—Me dice el corazon que otros amores
Le apartan de mi amor;
—Temores vanos y delirios locos
De imaginario error.
—¿Será Isabel la que en la noche inquieta
Le priva de dormir?
—Hay tantas cosas que el amor no entrañan
Y tanto hacen sufrir!
—Será la hermosa y frívola Susana
Que á todos da ocasion.....
—¡Ya tu esposo adivina que esa pobre
No tiene corazon!
—Aurora entonces es, que en voz muy baja
Siempre le suele hablar.
—Si delante de tí le habla en secreto,
No hay tal disimular!
—Será Dolores que en sus verdes años.....
—¿Quién ama á la vejez?
—Será la novia á quien vencí soltera.....
—¡Hay tal insensatez!....
—Será la rubia que en el baile anoche.....
—Ya tiene antiguo amor.
—Ó la morena de rasgados ojos....
—Error, eterno error!
—Si será la que ayer.....—Piensa, hija mia,
Que harto dudaste ya.
—¡Oh no! Mi corazon jamás me engaña.....
Dios mio, ¿quién será?

En esto entrando el descarriado esposo
La frase interrumpió,
Y ella, porque llorando no la viese
Corriendo se marchó.
—¿Qué sucede? pregunta temeroso
Y en tono singular.
Y la amiga riendo le responde:
—Que busca sin hallar.
Sospecha al fin..... descolorido exclama:
Y ella responde:—Sí.
De todas tiene celos..... Piensa en todas.....
¡Y nunca piensa en mí!

LVI.

Ayer cuando á mi lado un mundo hallabas
De amor y de ventura,
Al cabo de seis horas exclamabas
¡Cuán poco el tiempo dura!
Y al ver que de partir tenia prisa
Amante y lastimera
Decias con dulcísima sonrisa:
¡Aún es temprano! ¡Espera!

Hoy ménos breve el tiempo te parece,
Más largas las sesiones,
Que es triste ver, cuando el amor declina
Cambiar las estaciones.
Las horas cuentas del reló vecino;
Da seis y oyes tú siete,
Y dices enseñándome el camino:
¡Es ya muy tarde, vete!

¡Oh corazon, que aumentas y que acortas
Las horas ayer dulces, hoy amargas!
¡Cuando el amor empieza son muy cortas,
Cuando el amor acaba, son muy largas!

LVII.

Á UNA COQUETA.

Oye: te voy á contar
Un íntimo sentimiento,
Y si aplicas bien el cuento
Mi pena podrás calmar.

Viajando una vez á bordo
De un vapor, con rumbo á Oriente,
Me enamoré ciegamente,
Y á toda prudencia sordo,
De una viajera alemana
Á quien por desdicha mia
Siempre á mi lado tenia
Por tarde, noche y mañana.
Y aunque ella no me fué esquiva
Ni era ingrata á mis carocas
(Que era, como he visto pocas,
De risueña y expresiva);
Fué nuestro amor humo vano,
Y fué inútil nuestro afan,

Que ella hablaba en aleman
Y yo hablaba en castellano.
Sonrisas que se cruzaban,
Miradas que se perdian,
Flores que iban y venian
Y canciones que volaban;
Nada podia igualar
Por expresivo y sincero
Al idéntico «te quiero»
Que queríamos cambiar.
Muy fácil nos fué el olvido,
Pues ni una frase cruzamos,
Y al cabo nos separamos
Sin habernos entendido.
¡Ay! Pero aquel fué pesar
Que al fin tenia su encanto,
Y no lo sentí yo tanto
Como el que tú me has de dar.
Porque á tí, que en dulce frase
De tu idioma, que es el mio,
Te pinto el amor que ansío
Que el duro pecho traspase;
Á tí, que con tal verdad
Te hablo y finges comprenderme,
Cuando crees responderme
Con igual sinceridad.....
Á tí jamás te se alcanza
La diferencia que existe
Entre mi cariño triste

Y tu risueña esperanza.
Tú amas para no olvidar
Tus hábitos de mujer,
Y yo porque hay en mi sér
La necesidad de amar.
Tú con frívola pasion
Haces á mi amor agravios,
Y es que tú amas con los labios
Y yo con el corazon.
Esta sí que es pesadumbre
Y mal que temo no ataje
Ni la igualdad del lenguaje,
Ni el tiempo, ni la costumbre.
—Déjame ya de querer
Y agosta nuevas pasiones,
Que nuestros dos corazones
No se pueden entender!

LVIII.

Á CAMPOAMOR.

Esperando al cartero en la ventana
Durante un año, la sensible Inés,
Con lluvias, y con frios y calores,
Constante esclava de sus pasos fué.
Todos los dias le traia carta,
Siempre salia á conversar con él,
Y á suplicarle tierna y cariñosa
Que volviese más pronto á la otra vez.
Hubo en la casa boda, y el cartero
Cesó cartas amantes de traer;
Al año un largo viaje hizo el esposo.....
Y solia escribir..... de mes á mes.
Un dia que el cartero la escalera
Vió á Inés bajar, sin reparar en él,
Le fué á dar una carta y ella dijo,
Déjala arriba; la veré al volver.
Murmurando el cartero de la vida,
Iba diciendo con amarga hiel:
La mitad de las cartas que se pierden.....
Se deben de perder!

LIX.

¿Cómo te podré pintar
Lo que comienzo á sentir,
Si ni tú lo vas á oir
Ni yo he de poder hablar?
Aunque la elocuencia sobre
Cuando el alma se extasía,
La palabra es torpe y fria,
Y el humano idioma es pobre.
Porque cuando dos que son
Uno mismo, en hondo afan
Juntos y solos están
Y se miran con pasion.
Al pintar lo que desean
Ojos y almas los desmienten,
Y hay secretos que se sienten
Callando, y se saborean.
Lástima de tiempo y voz
Que turben la dicha mia,

Cuando en dulce compañía
Pasa el tiempo tan veloz.
  Déjale pasar corriendo,
Déjale correr volando,
¡Calla, que te estoy mirando!
¡No hables, que te estoy oyendo!

LX.

Ha un año oyendo la marcial charanga
Con que atruena la calle el batallon,
Con loca prisa y emocion amante
Corrias al balcon.
De noche al escuchar sobre la acera
La espada de las piedras al herir,
Temblando y presurosa las cortinas
Solias entreabrir.
Hoy cuando alegre la charanga suena
Y retiembla á sus ecos el cristal,
Las maderas entornas temblorosa
Y rompes á llorar.
¡Ay, niña, los amores del soldado
Refleja en la charanga el batallon,
Suena á lo lejos, llega, brilla, pasa,
Se pierde el eco, y se conserva el son!

LXI.

A LA CONDESA DE LAS ALMENAS.

Ibamos juntos, en largo viaje
Arrellanados en un wagon,
Hácia la sierra de Andalucía
Roman y yo.
Roman soñando dichas y amores
Con que le brinda su juventud,
Yo de la tarde saboreando
.La tibia luz.
Frente á nosotros una viajera
De azules ojos y blanca tez,
Siempre esquivando nuestras miradas
Constante fué.
Llevaba en brazos sobre la falda
Durmiendo en ella sueño feliz,
Un niño rubio, como los ángeles
Deben dormir.
Roman clamaba con ánsia loca
Contra tan rara, terca esquivéz;
Mis ojos solo mirar sabian
Al niño aquel.

Ella escuchaba mal de su grado
Nuestra indiscreta conversacion,
Contraste extraño de diferentes
Ánsias de amor.
—Mira qué hermosa—dijo mi amigo,
Mira qué manos, mira qué pié.
Yo contestaba:—Mira ese niño
¡Qué hermoso es!
Roman seguia:—Vértigo siento;
Si no me mira pienso morir;
Y yo exclamaba:—¡Si yo tuviera
Niños así!....
Él.—Diera el alma por serle grato,
—Si me mirase solo una vez.....
Y yo:—Si el niño me diera un beso
¡Qué más placer!
—¡Nos ha mirado! dice él ansioso,
Observa y calla..... Ya soy feliz!
—¡Yo solo veo que el niño rubio
Me mira á mí!
—Sus claros ojos, brindan serenos
Firmes pasiones, dulce bondad.
—No; los del niño son más azules.
¡Qué hermosa paz!
—La madre tiene blancas las manos,
Rubio el cabello, dulce la voz;
—El niño tiene las manecitas
Rogando á Dios.
En esto el coche paró de pronto,

Sonó el temido timbre fatal,
Y la viajera se disponia
Para marchar.

Roman al paso le hizo un saludo,
Sin que lograra contestacion;
Yo al niño entonces besé, y la madre
Me sonrió.
Santa sonrisa que vió mi amigo
Con inquietud.
¡Ah! torpe y ciego! le dije al pobre
¡Qué sabes tú!

Partir la vimos por un sendero
Por donde el niño soltó á correr.
Yo dije entonces: ¡ángel, te adoro!
Roman gritaba: ¡Salve, mujer!
Juntos caimos mal humorados
En los rincones de aquel wagon,
Y al par ahogamos distintos gritos
En lo profundo del corazon.
Soñando fuimos la noche entera,
Soñando fuimos hasta Madrid:
Él.—¡Si me amara!—*Yo*: ¡quién tuviera
Niños así!

LXII.

ANTE LA INCLUSA.

El leon con ser leon
Adora su propia sangre;
Y el chacal con ser chacal
No vive sin sus chacales.
Defiende el tigre á sus hijos,
La pantera es tierna madre,
Los buitres de las montañas
Amorosos nidos hacen;

Y los hombres con ser hombres
Han hecho una casa grande,
Para almacenar los niños
Arrojados á la calle!

LXIII.

Á SELGAS.

Una niña de un mes, y una señora
Que ochenta Abriles vió lucir floridos,
Se murieron ayer en una hora
De ataques cerebrales parecidos.

Morir las ví; y el alma no alcanzaba
Cuál de las dos mejor se despedia;
Pero la anciana, al espirar, lloraba,
Y la niña, al morir, se sonreia.

LXIV.

Dijo á la esposa un amigo
Leal: tu esposo te engaña;
Y ella le dijo, hay tal maña?
¡No te diviertes conmigo!
Un mentiroso enemigo
En anónimo papel,
Le dijo: tu esposo infiel
Te engaña; y ella creyó,
Y al esposo aborreció
Y no vivió más con él.

Esto da por norma cierta
Que está más acreditada
La falsedad embozada
Que la verdad descubierta.
Viva el corazon alerta
Y aprenda á oir la pasion;
Que en el mundo al corazon
Hieren, si bien se repara,
Las verdades cara á cara,
Las calumnias á traicion.

LXV.

LA VÍRGEN DEL PILAR.

(Á mi hijo Angel.)

Hay á orillas del Ebro, gloria de España
Un *pilar* tosco y rudo, santa bandera!
El rio con sus ondas el pilar baña
Y le adoran los pueblos de la ribera.
Derrama en torno
Rayos divinos;
En él descansan
Los peregrinos,
Y alientan los que llevan, puestos de hinojos,
Dolores en el alma, llanto en los ojos.

En él aposentada de noche y dia
Está la inmaculada Vírgen María;
Á verla van los reyes y los pastores,
Por ella tienen cantos los ruiseñores;
Frutos el valle,
Luz el ambiente,
Flores el campo
Y agua la fuente;

Y por ella, los hijos de aquella tierra
Fueron siempre dichosos en paz y en guerra.

Lucian de mi vida las alboradas,
Y eran dulces los sueños en que dormia;
Mi sueño acariciando con sus miradas,
Me arrullaba en sus brazos la madre mia,
Y murmurando
Tiernas canciones,
Me fué enseñando
Sus devociones;
«La Vírgen de los niños es protectora,
Cuando los niños mueren, suspira y llora.»

Al templo me llevaron de la ribera
Y ante el pilar bendito con embeleso,
Á rezar me enseñaron con fé sincera
Y adorar en la imágen, dándole un beso.
Por cada beso
Que allí posaba,
Ciento en mis labios
Mi madre daba.
Cuida, señora, al ángel de mis amores,
Haz que sea su vida senda de flores!

Pasaron muchos dias que hicieron años
Y sufrí de la vida las amarguras;
Anublaron mi frente los desengaños,
Trocáronse las dichas en desventuras.

Y ansiando dias
De bienandanza,
La Vírgen pura
Fué mi esperanza.
«Vírgen, en cuyos ojos el cielo miro,
Mírame, que de hinojos lloro y suspiro.»

Siempre de la plegaria brotó consuelo
Y un ángel en la tierra mi afan calmando
Mensajero dichoso del bien del cielo
Mis amargos pesares fué consolando.
Y tras los hondos
Fieros dolores
Siempre lucieron
Dias mejores.
Vírgen á cuyo amparo mi mente crea
Mil veces alabado tu nombre sea!

1867.

LXVI. (1)

(Fantasía carnavalesca.)

Viento.

¡Oh campo yermo y pálida llanura
De cierzos invernales azotada!
¿Qué fué de vuestra espléndida verdura
Y alfombra engalanada?
El tiempo esteriliza y anonada
Cuanto encuentra á su aleve paso eterno!
Pasó el Otoño y avanzó el invierno,
Y del campo las galas y primores
Trocó el invierno en soledad sombría
Y en tétricos rumores,
Del viento helado y de la escarcha fria.
Tal exclamaba un dia
Nublado de Febrero,
El poeta doliente que suscribe,
Y que cantando sus pesares vive.

(1) Fué escrita esta composicion para el Almanaque de la Ilustracion Española y Americana de 1878, y ahora se reproduce aquí corregida.

Y harto de no encontrar fuera de puertas
Ni flores ni canciones
En las planicies tristes y desiertas
De estas incomprensibles poblaciones,
Que otros suelen llamar *plazas abiertas*,
Se fué á su casa, y á la grata lumbre
Del hogar do le lleva la costumbre,
Del hondo asiento en el rincon hundido,
Viendo la lumbre se quedó dormido.

Lluvia.

Presto un chasquido que insistente suena,
Interrumpe su sueño placentero,
Y es el agua del cielo que nos manda
La lluvia de Febrero
¡Oh lluvia que ora escucho indiferente!
Murmura bostezando,
Un tiempo fuiste música sonora
Que yo escuché gozando!
Que en las horas de invierno riguroso
La lluvia es un arrullo cariñoso.
¡Llueve! (dice el amante) ¡Oh qué bendita
La lluvia cadenciosa
Que dá pretexto á prolongar la cita
Y á ser feliz junto á la prenda hermosa!
¡Llueve! (dice el marido) ¡horror! malhaya
La lluvia inconveniente,
Que cayendo me impide que me vaya

Huyendo á mi curiosa impertinente.

. . . .

La lluvia es melodía
Ó ruido de tenaz monotonía;
Para el amor, arrullo cariñoso,
Para el hastío, sonsonete odioso.
¡Ay dicha pasajera,
Nube fugaz de lluvia en primavera!

Crepúsculo.

En tanto estos ayes del pecho exhalaba
La tarde moría, la noche avanzaba.....
Yo aguardo estas horas postreras del dia
Que el alma me inundan de triste poesía,
Mirando en los rojos crugientes carbones,
Candentes figuras y extrañas visiones.
El alma en sus giros y dulces engaños,
Se pierde y se lanza por mundos extraños,
Y en esos momentos de sombra y de calma
Yo evoco á mis solas recuerdos del alma.
De niño á estas horas al valle volvia
Mirando los rayos del sol que se hundia,
Cantando esperanzas y dichas y amores,
Trayendo á mi madre manojos de flores.
La veo á la sombra del ancho madroño
Que ya deshojaron los aires de Otoño;
Recuerdo la mesa que juntos pusimos
Colmada de frescos fragantes racimos;

La brisa y las hojas en dulce concierto
Las aguas del rio, las tapias del huerto.....
Comparo con tédio que el alma devora,
Las dichas de entonces, las penas de ahora;
Y en tanto la llama se extingue y refleja,
Se hiergue, y se humilla, y avanza y se aleja,
Su luz derramando con plácida calma
Y oculto misterio sembrando en el alma.

. . . .

. . . .

Con vuelo incansable la audaz fantasía
Se lanza en las brumas postreras del dia,
Y salva distancias, y cruza los mares,
Y va recorriendo comarcas y hogares.
Contemplo del campo las muertas labores,
Veo á las cabañas volver los pastores;
Y al puerto acogerse del viento al empuje
La barca sin velas y el remo que cruge.
Las blancas gaviotas en anchas bandadas
Se alejan rozando las ondas rizadas;
Del valle en el fondo, con son funerario,
La esquila resuena llamando al rosario.
Allá entre la bruma con negra guedeja
Se vé el humeante vapor que se aleja,
Llevando en su seno y á climas lejanos,
Amantes y esposos, y padres y hermanos!
Tal vez á estas horas en triste aposento
La esposa solloza con hondo lamento;

La casta doncella con alma doliente
Suspira en la sombra llorando al ausente.
En mil soledades, del mundo ignorados,
Se ven á estas horas los enamorados;
Del dia espirante la luz tibia aspiran,
Estrechan las manos y amantes se miran.
. . . .
Contando las horas el triste enfermero,
Se duerme olvidado del ¡ay! lastimero.
Yo en tanto en la llama y en rápido giro
Visiones hermosas estático miro;
Recuerdos que pasan de gratos placeres,
Imágenes bellas de amantes mujeres!
Aquella es la sombra que en son lastimero
Murmura en las noches del mes de Febrero
Y en torno á mi lecho cual céfiro gira
Y el alma sedienta su ambiente respira.
¡Oh mes de Febrero, de eterna memoria!
Tu nombre en mi mente despierta una historia;
De mil carnavales el bien ya lejano,
Me manda que cante la incógnita mano;
Espíritu amante, secreto misterio,
Yo canto tus glorias y anónimo imperio!

CARNAVAL.

Era un baile; y entre el ruido
De la orgía y del placer,
Una sombra, una mujer

Envuelta en velo tupido,
«Que me recuerdes te pido
Como te recuerdo yo»
Dijo; y leve deslizó
Entre mis manos su mano,
Y despues cual humo vano
Para siempre se alejó.

No supe más; más no ví;
Pero aún siento temblorosa
Aquella mano ardorosa
Que entre las mias sentí.
Aún con loco frenesí
La quiero llevar al pecho;
Aún con efusion la estrecho
Contra el corazon herido;
Y ora la aprieto rendido
Ó la estrujo con despecho.

Desde aquella noche triste
De eterno recuerdo amante,
La mano en afan constante
Tenaz en llamarme insiste,
Formas distintas reviste
Y en mi tormento empeñada
Siempre la siento callada
Dirigiendo mi destino,
Y marcándome un camino
Entre la sombra velada.

Cuando rendida al pesar
Triste el alma al cielo implora,
La mano consoladora
Viene el dolor á calmar;
Lenta la siento bajar,
Del cielo se precipita
Y haciendo una cruz bendita
Con sus dedos sonrosados,
De los lábios abrasados
Beso amante solicita.

La llama el afan creciente
Y cuando de sed se abrasa
El alma, y la noche pasa
Velando la inquieta mente,
Sobre la ardorosa frente
Celeste lumbre derrama,
En amor el pecho inflama,
Y con los dedos unidos,
Viene á contar los latidos
Del corazon que la llama.

Si enfermo en desierto lecho
Sufro en queja prolongada,
Ella enfermera callada
Pulsa el fatigoso pecho.
Febril y amante la estrecho
Y ella pasa horas enteras
Parando las minuteras

Y las péndolas vecinas,
Y corriendo las cortinas
Y entornando las maderas.

Cuando á una mujer hermosa
Sedientos miran mis ojos,
La mano en mudos enojos
Los mios cubre celosa.
Cuando en mi sed amorosa
Me siento capaz del crímen,
Y corazon y alma gimen
Llorando dichas ausentes,
Siento unos dedos candentes
Que en el cerebro me oprimen.

Faro que su luz refleja
Busco en ella el puerto amigo,
Su forma vaga persigo
Que en la sombra se bosqueja,
Fuego fátuo que se aleja
Voy su lumbre persiguiendo,
Y así vivimos muriendo
Dos que morimos amando,
Ella de lejos llamando.....
Y el alma siempre siguiendo.....

Á otro más crédulo asombre
Con raro asombro profundo
La gloria y poder que el mundo

Logra por mano del hombre.
Mi sueño no tiene nombre,
Mas ya lo llego á entender
Y he venido á comprender
Persiguiendo una mentira,
Que el mundo incesante gira
Por mano de la mujer.

Por ella al mundo venimos
Y al mundo ciegos corremos,
Amamos y aborrecemos
Y matamos y morimos.
Somos, seremos y fuimos
Siempre esclavos de su fé.
¡Ay mano oculta! Ya sé
Por qué mi vida consumes,
Que en tus misterios resumes
Cuánto será, y es y fué!

Tú con misterioso afán
Y honda y secreta impulsion,
Alas dás al corazon
Que en tu amor se desharán;
Siguiéndote siempre van
Con esperanza creciente
Los recuerdos de la mente
Y la sed del pecho amante,
Símbolo mudo y constante
Del afán que el hombre siente.

Humana forma aquel dia
Te juzgó el loco deseo,
Y ora cual eres te veo
Misteriosa alegoría.
Sin razon te suponía
Realidad de ser humano,
Y eres, misteriosa mano
Con tu secreto profundo,
La oculta fé que en el mundo
Mueve al sentimiento humano.

Dicha, dolor y placer,
Cuanto se piensa y se siente,
Todo lo inspira el ambiente
Del amor de una mujer.
Gloria, ambicion y poder,
Inquietud, zozobra y calma,
Áureo laurel, seca palma,
Ella es la fuerza del sino,
Mano oculta, que el camino
Le va señalando al alma!

Luz que el derrotero enseña,
Mar adonde van los rios,
Reina de los albedríos
De las voluntades dueña.
Alma y corazon domeña
Con sus misterios profundos,
Ora con bienes fecundos

Ó indescifrables misterios,
Removiendo los imperios
Y trastornando los mundos.

Alma mujer, yo te imploro.
Tú eres el tiempo y la historia,
Ya en ardiente sed de gloria
Ya en impía sed del oro,
Por tí su gloria ó desdoro
Logra el corazon humano,
Pues tú eres la oculta mano
Que en la sombra el alma estruja,
Y al bien ó al mal nos empuja
Con impulso soberano.

Márcame, pues, mi destino,
Que velada ó descubierta,
Ya sé que mi vida incierta
Gobernarás de contíno.
Feliz ó fatal destino
Por tí espero merecer,
Pues mientras aliente un ser
Que de humano tenga el nombre,
Siempre irá impulsando al hombre
La mano de una mujer!

Pulvis est.....

Así del mes en que el amor se oculta
Bajo el disfraz de loca algarabía,

Cantaba el vate la memoria grata
Que el alma consumía.
Pasó Febrero con su alegre ruido,
El eco alegre del placer pasó;
Todo pasa, las dichas y las penas,
Pero el recuerdo, ¡no!
¡Oh Carnaval eterno de la vida
Engañosa ilusion, hoy como ayer!
¡Oh breve mes, por algo eres más breve.....
¡Porque eres el placer!

LXII.

Á ANTONIA CAICEDO.

Los hombres que hablan mal de las mujeres
No lo sienten así.
Yo en cambio he de cantar cuánto por *ellas*,
Disfruté y padecí.
Orencia me enseñó con sus amores
Á sentir el amor,
Y Aurora con su olvido desdeñoso.....
Á pensarlo mejor.
Rosalba me alentó á buscar la gloria
Con ambicion febril;
Y Águeda libertó del vicio odioso
Mi pecho juvenil.
Por Fanny empobrecí; pero el trabajo
Por ella amar logré;
Por Ledia enriquecí, para ofrecerla
Lo que obra suya fué.
Por seguir á Ascension crucé la Europa
Y el mundo conocí.

Por agradar á Marta la discreta
Estudié y aprendí.
Enseñóme el desprecio de la muerte
La pérfida Isabel;
Hízome amar la vida por amarla
Olimpia, siempre fiel.
Por Concha fuí activo, diligente
Audaz y emprendedor.
Quitóme el sueño Luz; soñé con Laura
Las glorias del amor.
La que me amó, me dió de la victoria
El sin igual placer.
La que me despreció, mi necio orgullo
Modesto me hizo ver.
Ellas pintaron mis primeras canas
Matando mi pasion,
Y la primera lágrima arrancaron
Al triste corazòn.
Ellas la miel de las primeras flores
Me dieron á probar,
Y cual nuncio de paz, el primer hijo
Me hicieron adorar.
El arte en bellas formas esculpido
En ellas ví latir,
La poesía que inundó la mente
Hiciéronme sentir.
De las heridas que en el alma hicieron
El dolor olvidé;
Soldado audáz, las anchas cicatrices

Con gloria ostentaré!
Ella fué la que niño en sus rodillas
Me enseñaba á rezar;
Ella la que á mis hijos les enseña
Mi nombre á pronunciar!
Ellas son la esperanza y la victoria
La gloria y la ambicion;
La razon, la locura y el despecho
La calma y la pasion.
Ella es la duda en que la mente flota
Sintiéndose morir;
Ella la fé que cual brillante estrella
El alma vé lucir.
Ella pasea su triunfante carro
De la guerra al fragor
Y surge de la espuma de los mares
Derramando el amor!
Con *ellas* soñador adolescente
Al mundo me lancé;
Con *ellas* la pendiente de la vida
Sin riesgo bajaré.
Libros, aulas y estéril ciencia humana
No pueden enseñar,
Lo que sus ojos en que brilla el cielo
Y su alma, inmenso mar!
Los hombres declamando sus errores
No lo sienten así;
Yo canto en evangélico deseo:
Hembras, venid á mí!

LXIII.

Confesando en el templo sus pecados
Sollozaba la esposa en su afliccion
Víctima triste de su amarga vida
Y de fatal error.
¡Oh cuán hermosa en su abrasado lloro
Pintaba su desvío y su pasion
Y roto por su culpa el dulce lazo
Del conyugal amor!
Ella pensó ser fiel; nunca creyera
Sentir del hondo abismo la atraccion;
Pero el despecho y la injusticia humana
Causaron su dolor.
Faltó, y amó á otro ser con alma y vida;
Le ama, le adora con tenaz pasion,
Y al verla que llorando lo deplora.....
Lloraba el confesor!
Que al ver aquel tesoro de ternura
Y en tan grande hermosura tal dolor,
Hasta las duras piedras se ablandáran
Oyendo aquella voz.

Por fin, las causas indagar intenta
Que aliento sean del fatal amor,
Y dén motivo á perdonar, siguiendo
Su impulso el corazon.
Pendiente del anciano bondadoso
La pecadora triste murmuró:
—Falté, ¡porque en tres años de amargura
No se me comprendió!
Y lanzando un suspiro prolongado,
Mirando al cielo, y con doliente voz,
—¡Todas dicen lo mismo! dijo el cura.....
Y echó la bendicion. (1)

(1) Una mujer tan hermosa como desgraciada, refirió al autor ha tiempo este suceso, en el que la poesía no ha puesto más que la forma.

LXIV.

Á CAROLINA LOPEZ LERDO.

Cuando al mundo tendiste el primer vuelo,
Yo ví en tus ojos despuntar la aurora;
Hoy en tu frente como en claro cielo
Contemplo el sol que las montañas dora.
Cuando el amor te brinde eterno lazo
Tus amores veré, gozando en ellos:
Cuando á tus hijos vea en tu regazo
Los amaré, porque serán muy bellos!
Al saber que en el mundo eres dichosa
Sentiré presintiéndolo alegría,
Si me cuentan que lloras pesarosa,
Sentiré en soledad melancolía.
Siguiendo paso á paso tu camino
Yo el reflejo he de ser de tu ventura,
Constante soñador de tu destino
Y eterno girasol de tu hermosura.
Y tú al ver que tu nombre siempre invoco
Dirás pensando en el que más te quiera,
Que el amor es violento y dura poco
Y la amistad es dulce y duradera.

LXV.

AL CORONEL OROZCO.

Era guardia de Corps y enamorado
El infeliz Pascual
Hoy viejo regañon, y hombre de Estado
Y conde, y general.
Y era niña gentil, rosa temprana
La sin igual Belén,
Hoy madre, abuela, y venerable anciana
Y condesa tambien.
Por seguirla el incauto subalterno
El año veintidos,
Dejó el servicio y el hogar paterno
De su adorada en pós.
Cruzó caminos, córtes y lugares
Tenaz y eterno bú,
Y llegó atravesando tierra y mares
Al reino del Perú.
Allí pobre y enfermo y pereciendo
Amóla sin cesar,
Y otra vez cruzó el piélago, volviendo
Con ella al pátrio hogar.

Incauto defensor de aquella hermosa
De quien lloró á los piés,
Batióse, y una herida peligrosa
Le tuvo en cama un mes.
Por ella en lucha de dolor tremenda
Viéndola de otro amor,
Buscó la muerte en la civil contienda
Con sin igual furor,
Y desde entonces su brillante historia
La fama dió en contar,
Haciendo eterna la esplendente gloria
Del bravo militar.
Él, entretanto, su postrer suspiro
Lanzar en fin pensó,
Llegando el pobre hasta pegarse un tiro.....
Que no le resultó.
Las crónicas el hilo al fin perdieron
De tanto padecer;
Yo sólo sé lo que mis ojos vieron
Con raro asombro ayer.
Una carta á entregar de la condesa
Un ayudante entró,
Leyóla el veterano, y en la mesa
Con rabia la arrojó.
Y al oir que en el sobre dice:—*Urgente.*
Dijo:—Conteste usté;
Y dígale á esa vieja impertinente.....
Que cuando pueda..... iré!

LXVI.

EL ALBUM DE RETRATOS.

A la Baronesa de Córtes.

Esperando en el salon
Que á mi vista apareciera
La hermosa que ocasion era
De mi impaciente emocion,
Un album de tersa piel
Con lindos broches de acero
Mientras llega la que espero
Me brinda á fijarme en él.
Cien hombres ví allí pasar
Sus efigies contemplando,
Unos están esperando
Y otros cansados de estar.
Allí con sonrisa amante
Me miraba una mujer,
Que al verme en la calle ayer
perdió el color del semblante.
Y á su lado seco y frio
Ví el rostro enjuto de un hombre

Que porque la dió su nombre
Dicen que aborrece el mio.
  Una *inconsolable* viuda
Rebosando nueva vida,
Estaba allí tan vestida....
Que parecia desnuda.
  Con rostro que anuncia enojos
Una niña encantadora,
Rival de la blanca aurora
Por sus clarísimos ojos,
  En su linda faz austera
Parece que me decia:
—Qué desdichada sería
Ingrato, si aún te quisiera!
  Satisfecho de su obra
Contemplé al coronel Melo,
Que há tiempo me hirió en un duelo
Y tuvo razon de sobra.
  Y al lado, la que hoy es ya
Su mujer, me sonreia,
Y yo muy triste, decia:
—¡Dios mio, que vieja está!
  En todo su áureo esplendor
—Retrato de cuerpo entero—
Un opulento banquero
Vestido de cazador.
  Y al lado con faz cansada
Su infantil consorte fiel,
¡Blanca paloma sin hiel

Con armas de oro cazada!
Un famoso general
Que nunca ha entrado en accion.....
¡Sentado junto á un cañon
Con aspecto muy marcial!
Y un juez que dió á mi contrario
En pleitos la razon mia,
La severidad lucía
De todo un juez ordinario.
Tristes recuerdos despierta
En mi mente dolorida
Ver á un pícaro con vida
Y á una niña hermosa, muerta!
Y aún me dá más pena ver
Juntos y alegres y unidos
En tierno grupo fundidos,
Dos hombres y una mujer.
En una página, inmola
Leyes de un santo cariño
La nodriza con el niño,
Y en otra, la madre, sola!
Mi corazon se alegró
Viendo en la misma postura
Al médico que me cura.:..
Y al cura que me casó!
Cuatro hojas llenan risueñas
Varias bellezas tempranas
Altas bajas y medianas,
Morenas, rubias, trigueñas.

Todas con tan dulce risa,
Que el alma quiere adorarlas,
Sin pensar que al retratarlas
Les forzaron la sonrisa.
Por fin la vista que pasa
Hojas varias impaciente,
Halla el retrato esplendente
De la dueña de la casa.
Su beldad fascinadora
Y su escultórico busto
Resaltan más por el gusto
De una actitud tentadora.
Flor que atravesando abrojos
Llegué por fin á tocar,
Luz que el alma vé brillar
Faro que buscan los ojos!

. . . .

Mirando extasiado estaba
El retrato sin sentir
Lo mucho que ya en venir
El original tardaba,
Y olvidando la tortura
Que pasé en sed infinita
Hasta hacer esta visita
Principio de una aventura,
Sentia el pecho latir,
Y la mente soñadora
Pensaba en la ansiada hora
Que presto verá lucir

Y en el nuevo amor fecundo
Tesoro de mil placeres
Que haga olvidar los deberes
Y tiranías del mundo.....
Cuando tantos regocijos
Turban, aunque no me cuadre,
Un retrato de mi madre
Y un grupo en que están mis hijos.

. . . .

Sentí entonces..... no sé qué;
Miré en torno del salon,
Pensé que aún era ocasion.....
Cerré el libro, y me marché!

Enero—1876.

LXVII.

EL PAÑUELO.

(Historia madrileña.)

Carta.

Con el pañuelo que perdiste un dia
Del wals en la confusa rapidez,
¡Cuántas lágrimas, cuántas he secado
Pensando en tu desdén!
Teñido en sangre que enemigo acero
Arrancó al corazon que tuyo fué,
Lo besaron mis lábios muchas horas
En insomnio cruel.
Cuando tu olvido me lanzó á los mares
Para olvidar tu pérfida esquivez,
En la orilla dejándote dichosa
Con él te saludé.
Allá en los campos de la ardiente Cuba
Santo amuleto amante le adoré,
Blanca bandera, de la trégua anuncio
Se alzó más de una vez.

Mi madre en tanto, en soledad moría:
Cuando lo supe y en tu amor pensé,
El rostro en llanto de dolor bañado
Me lo cubrí con él.
Volví á la pátria; saludé las playas
Donde te ví por la primera vez,
Y estrujando el pañuelo entre las manos
Pensando en tí lloré.
Cruza de nuevo ante mis muertos ojos
Tu imágen bella y tu insolente bien,
Y de nuevo este lienzo, compañero
De mis angustias es.
Dueño feliz que luce tu hermosura,
Tu posesion ostenta por doquier,
Y yo, mordiendo tu pañuelo blanco,
Callando lo veré!
Ayer, del baile entre el alegre ruido,
Tus tristes ojos mi semblante al ver,
Palidecieron, de mi rostro viendo
La eterna palidez.
Los níveos dientes apretando unidos
De tus lábios las hojas de clavel,
En roja sangre los tiñeron tanto,
Que se la vió correr.
Tu amante dueño á restañar la herida
Corre al instante que la sangre vé
Y el blanco lienzo de mis manos coje
Para secarla en él.
¡Ay! de tu herida bálsamo secreto

Fué el llanto de mis ojos, bien lo sé;
Libaste á tu pesar lágrimas mias
Botin de tu desdén.
  Y el ignorante que por un capricho
De estraño azar en tu socorro fué,
Volviéndome la prenda, mil perdones
Me demandó cortés.
  ¡Oh! si en el mundo los heróicos pechos
La voz no respetaran del deber,
Gracias mil con el alma yo le diera,
Por la casual merced.
  Si otra vez por desdicha ó por ventura
Nos halláramos cerca como ayer,
Y en estos lábios apagados mios
Color brillante ves,
  Piensa en las veces que perdido el sueño,
Mis lábios en frenética avidez
Su color á tu sangre habrán robado
Con insaciable sed.
  Y si escuchares al dejar de verme
Que en soledad me siento fallecer.....
Cubre mi rostro con el blanco lienzo
Que el mundo quiero abandonar con él!

Respuesta.

  «Mis padres fueron de mi bien avaros,
Fué la fortuna mi puñal traidor,

Oro me sobra, timbres, rentas, galas,
Pero alegrias, no.
No me robaste mi pañuelo blanco
Del wals en la revuelta confusion;
Te ví cogerle con afan secreto
Que el alma adivinó.
Mientras mi madre preparó mis galas,
Mientras mi padre concertó la union,
Mientras mi novio me decia amores,
En tí pensaba yo!
Me dijo el mundo que por mí esponias
La vida en aras de mi hollado honor,
La aurora á cuya luz morir pudiste,
Llorando me encontró.
Al partir á otros climas la fragata
Te ví mirando al puerto con dolor;
Calló mi lengua, devoré mi llanto,
Mi alma te despidió.
Cuando tu madre en soledad moria
Por tí y por ella le rogué al Señor,
Las frescas flores que en su tumba crecen
Mi mano las sembró.
Esclava soy de mi deber jurado,
Si mi padre vendió mi corazon,
En mi esperanza vivirás ausente,
En mi memoria, no.
Guarda el pañuelo que la sangre ostenta
Con que mi pena en su dolor mordió
Los torpes lábios que guardar juraron

Fé del mentido amor.
Antes que tú perecerá quien tiene
De muerte herido el triste corazon.
¡Sé tú quien cubra con el blanco lienzo
Mi rostro sin color!

Invitacion.

Querido Luis: En premio del servicio
Que debe á tu pañuelo mi mujer,
Mañana jueves, á las siete y media,
Los dos te esperaremos á comer.

Ecos de Madrid.

«Ayer en el Retiro á un caballero
»Un ladron el pañuelo le robó,
»Y no pudiendo dar con el ratero
»El robado al estanque se arrojó.
»Se han hecho diferentes comentarios
»Del hecho original,
»Y el suicidio atribuyen los diarios
»Á trastorno mental.

»La señora marquesa del Olvido
»Condesa de Soler,
»Falleció en el teatro de repente

»En la noche de ayer.
»Su sorda y pertinaz melancolía
»Segun más de un doctor,
»Produjo el triste fin que Madrid todo
»Refiere con dolor.»

Epílogo.

El noble viudo que por dicha rara
Siempre halló gloria en la amorosa lid,
Terceras nupcias dicen que prepara
Que asombren á Madrid.
Tres hermosuras en su edad florida
Hizo suyas el ínclito marqués,
Cuya salud y plétora de vida
Sobraron á las tres.
Rico, robusto, decidor, rumboso,
Nunca el tiempo en sentir diz que perdió,
Todo lo encuentra fácil el dichoso;
Cuanto quiso, logró.
Buscando está para el amante nido
Mil antiguallas que á adornarle ván:
De un almacen en el sin par surtido
Las busca con afán.
Un terso espejo en que su faz galana
Catalina de Médicis miró,
Y de Ninon, famosa cortesana,
Magnífico reló.

Vajilla de oro, espléndidos joyeros
Que usó el Gran Capitan,
Y un albornoz que regaló á Cisneros
El vencedor de Orán.
El manto que á la célebre Padilla
Cubria cuando el rey se la llevó,
Y el velo que una reina de Castilla
Para su boda usó.
Abanicos en áureo varillaje
Que eran de reinas y de damas mil,
Y rica falda de flamenco encaje
Que el talle hará gentil.
Todo lo compra el novio cariñoso,
Y el anticuario en charla sin igual,
Mil rarezas le vende calumnioso
Para el hotel condal.
Y notando despues que busca en vano
Algo que el anticuario adivinó,
Al verle que con una y otra mano
El traje recorrió,
De un monton donde está medio escondido
Coje un pañuelo que á ofrecerle va,
Y entre el encaje y diáfano tejido
Teñido en sangre está.
Regalárselo quiere al noble viudo
Que tanto cachivache le compró,
Y aunque el orígen explicar no pudo,
Mintiendo lo inventó.
Del comprador altivo y desdeñoso

Los torpes ojos el pañuelo ven;
Y encontrándole pobre y haraposo
Le arroja con desden.
  Guarde ese trapo vil de mil colores,
Dijo despues y echándose á reir,
Que huele á crímen y trasciende á horrores
Y no me ha de servir.

. . . .

  ¡Ay! en aquel instante de amargura
Nadie sintió el rumor
Con que en dos tumbas, en la noche oscura
Sonaba un hondo, inmaterial temblor!

LXVIII.

LA PAZ EN LA CUNA.

Tendido en su lecho
El niño sufria;
En llanto deshecho
El padre moria.
La madre le vela
Con sórdido afán:
Triste el niño á los dos los contempla;
Mirándole están.

La madre al esposo
Tiempo há que no mira;
De amor desdeñoso
La ausencia suspira.
El padre á la esposa
Tiempo ha que no vé,
Y á los dos los separan quebrantos
De sólida fé.

El niño en su lecho

Los nombra y los llama,
Con ayes del pecho
Que á entrambos los ama.
Los dos acudieron
Su llanto al oir,
Y allí ya, sin mirarse á la cara,
Le escuchan gemir.

Con timidos ojos
Á entrambos mirando,
Los mudos enojos
Está adivinando.
La pena que siente
No sabe espresar,
Que en su infancia, infeliz, solo sabe
Reir ó llorar!

Les mira, y comprende
Que entrambos le adoran
Y al par les ofende
Mirarse, y que lloran
Con llanto de hiel,
Y no entiende si lloran sus odios.....
Ó lloran por él.

De un lado á otro lado
Se vuelve y suspira;
Doliente y callado
Y amante les mira.

Su dulce mirada
Les hace sufrir.....
Y la vista clavando en el suelo
Se sienten morir.

Tenaz calentura
Voraz le devora;
Ya un ay no murmura,
Ni gime ni llora.
Sus ávidos ojos
Abiertos están,
Y en el cielo fijándose, dicen:
¡Señor, qué tendrán!

Volvió en sí la esposa
Y alzó la mirada:
Con otra enojosa
Cruzóse y airada.
Sonaron las alas
Del bien que voló.....
¡Ay! el niño temblando de miedo
Los ojos cerró.

Ya el médico viene,
Su fé les impone,
La cura previene,
Remedios dispone.
Mandado les deja
Que habrán de mezclar,

Con la fúlgida flor del granado
La flor de azahar.

La trémula abuela
Que andando encorvada
Agita en silencio
La frente arrugada,
Tras hondo suspiro
Mirando á los dos,
Dulce olvido, con lágrimas mudas
Les pide por Dios.

Le infunden horrores
Esencias y gomas;
Mejor que dos flores.....
Serán dos aromas!
Más grato en la cuna
Será confundir
Dos alientos que engendren un beso
Que aliente á vivir!

Los torvos esposos
Con ánsia suspiran;
En llanto copiosos
Los ojos se miran.
Se oyeron las alas
Del bien que volvió.....
Y el enfermo con dulce sonrisa
Los ojos abrió!

¡Los lábios avanzan,
Los pechos palpitan,
Los ayes que lanzan
La atmósfera agitan.....
Del niño en la cuna
Cayendo á los piés,
En un beso que nunca se acaba.....
Se funden los tres!!

LXIX.

LA VIUDA.

Cuánto debió de sufrir
Inés, de su Andrés al lado,
Viéndole, esposo adorado,
Entre sus brazos morir!
Al cielo su labio injuria,
Y en indignacion extrema
Desesperada, y blasfema,
Y en rapto de inmensa furia,
Precipítase al balcon,
Y con ímpetu violento
Va á arrojarse; en un momento
De espantosa turbacion.
Yo, su más leal amigo
Contuve su furia airada,
Y su honda pena callada
Contemplé, mudo testigo.
Un mes con hondo pesar

La ví tenaz padecer
Sin comer, y sin beber,
Sin dormir y sin hablar.
No bastaban á sus males
Padres, y amantes hermanos,
Ni los consuelos cristianos,
Ni tisanas ni cordiales.
Por fin la materia insana
Venció de la pena fiera.....
Y durmió una noche entera
Y parte de la mañana.
Ya pasados veinte dias
La encontré ménos llorosa,
Aunque enferma, y ojerosa,
Y en sordas melancolías.
Ya toma caldos ligeros
Y duerme al dia seis horas,
Y recibe á unas señoras,
Y á dos ó tres caballeros.
Mas jura que ha decidido
Toda cura resistir,
Y dejándose morir
Unirse al amor perdido.
Su médico le es odioso,
Sólo el nombre la horroriza
Porque el doctor sintetiza
El recuerdo más penoso.
Cálmate por Dios, la digo;
¡No! me responde altanera;

¡Quien vida y salud me diera,
De mi bien fuera enemigo!
  De la córte me partí,
Y al comenzar el verano,
Un dia en mi hogar lejano
Este parte recibí:
  «Dime por un telegrama
»Las señas de tu doctor,
»Pues voy de mal en peor
»Y estoy desde ayer en cama.»
  Contesté inmediatamente,
Y á poco Inés me escribió,
Que mi médico logró
Curarla perfectamente.
  Vuelvo á la córte; han pasado
Desde la muerte de Andrés
Once meses, y ya Inés
Su color ha recobrado.
  Triste está, mas no afligida;
Llora, mas no desolada;
Yo la dejé destocada
Y ora la encuentro prendida.
  Ya llorando no trasnocha,
Y en contra de su deseo
Sale, enlutada, al paseo
Melancólico de Atocha.
  Ya en su rostro se divisa
Sol de brillantes colores;
Ya me atrevo á echarle flores.....

Y le arranco una sonrisa.
  Los ojos claros y enjutos
El dolor tenaz no entorna,
Y el cuerpo gentil se adorna
Con más elegantes lutos.
  Al año, ya en el Retiro
Madrid la vuelve á admirar:
Ya su difunto al nombrar
Suple al llanto hondo suspiro.
  Y en el espléndido coche
Va, dando treguas al llanto,
Por la tarde al Campo-Santo,
Y al gran baile por la noche.
  La distraccion de sus males
Que aun á sus solas la afligen,
Es «triste deber que exigen
Las conveniencias sociales.»
  Todo, le dije, hija mia,
Lo borra al fin el olvido;
Vuelvo á dejarte y te pido
Cese tu melancolía.
  Tal vez dijo, un año ó dos,
Me verá el mundo reir;
Más no tardaré en morir;
Con pena te digo adios.
  Que aunque mis parientes tratan
De distraerme, y lo intentan,
Los recuerdos me atormentan
Y las memorias me matan.

Volví al pueblo; me ofreció
Escribirme alguna vez,
Y en ocho meses ó diez
Ni una línea me escribió.
Por fin, al año cumplido
Recibo una carta abierta
Cuyo sobre en mí despierta
Un recuerdo ya perdido.....
Y ¡oh funesto desenlace!
¡Oh naturaleza impía!
Leí: «Doña Inés García.....
Participa á V. su enlace.»

APÉNDICE I.

Á GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

(Himno del trabajo)

13

LAS FERRERÍAS.

Cuando en las horas tristes de moribundos dias
Entre plomizas nubes su luz esconde el sol,
Y airado el mar se encrespa y en olas mil bravías
Refleja en sus cambiantes el cárdeno arrebol;

Perdido entre las sombras, poeta vagabundo,
Soñando lo pasado, cantor del porvenir,
Errante y solitario, me voy lejos del mundo
Á impulsos de un fantasma que en mí siento latir.

Del monte en las honduras cual ojos avizores
Distingo entre la niebla con tétrico fulgor
Las luces que en rojizos siniestros resplandores
Anuncian de las fraguas el infernal hervor.

Esclavas de su lumbre mis locas fantasías
Seguir la luz me mandan y avanzo sin cesar,
Ya claras se columbran las hondas ferrerías
Y el son de los martillos se siente resonar.

Avanza, ensueño mio! desciende hasta los fondos
De la caverna inmensa do en sorda percusion,
Las anchas catacumbas y los cimientos hondos
Retiemblan pavorosos al rechinante son!

Las encendidas fraguas derraman su tesoro,
Centellas lanza el horno con lumbre sin igual,
Y en chispas deslumbrantes de estrépito sonoro
Se rompe en mil chasquidos el tosco mineral.

Aquí, bajo la atmósfera que engendran las calderas,
La sangre hierve altiva saltando al corazon,
Y al temple de estas fraguas se engendran las quimeras
Que forja el alma en sueños de gloria y de ambicion.

Aquí la fuerza inmensa de incógnitos titanes
Labrando vá incesante con raudo martillar,
La eterna edad de hierro que alzando están los manes
De cien generaciones que el mundo vió imperar!

Sucumbe aquí á la fuerza la voluntad bravía,
Sofoca el pensamiento la destructora ley,
Que aquí el martillo labra la eterna tiranía
Con que la fuerza impera sobre la humana grey!

Señor seré del mundo si me labrais las mallas
Con que el cobarde pecho de hoy más defenderé,
De aquí saldrán las bombas que romperán las vallas
Que á mi poder se opongan con impotente fé.

Labrad, labrad aprisa las armas refulgentes,
Con que marchando al frente del bélico escuadron,
Conquisten mis legiones comarcas diferentes
Sembrando en torno mio fatal desolacion.

De los calientes hornos brotaron, férreas galas,
Las armas conque Marte se ostenta sin cesar,
Y el bélico atavío de armisonante Palas
Triunfante entre el estruendo del ronco batallar.

Aquí soberbia Roma forjó en la fragua ardiente
Los toscos eslabones de sus esclavos mil,
Y el esplendente carro del César prepotente
Con que arrolló al vencido frenético y febril.

El ascua rutilante dió temple á la tizona,
Y ornó de Carlo-Magno la explendorosa sien,
Y ungió á la grey cristiana con inmortal corona,
Cuando el sepulcro santo ganó en Jerusalen.

Forjó el martillo escudos y lanzas á millares,
Las fuertes armaduras del Cid y de Roldan,
Las cóncavas corazas, los anchos espaldares,
Los tersos capacetes de Gante y de Milan.

Labró la fragua ardiente, la gloria inmaculada
Con que el soldado hispano dió á mil empresas fin,
Y el resonante yunque forjó la férrea espada
Que abriole ancho camino del orbe hasta el confin.

En himnos infernales, con estridentes tonos,
Se burla aquí la fuerza del débil corazon
Y el hierro, avasallando los pueblos y los tronos
Confunde en su estampido la voz de la razon.

No más alardes vanos de bélicos trofeos!
La nueva edad de hierro con santo ardor labrad!
Forjad las férreas liras con que hoy nuevos Tirteos
Difundan las victorias de nuestra hermosa edad!

Labrad el férreo puente y el arsenal gigante,
Y el poderoso alambre que el orbe ha de extender
Y la potente draga y el alto cabrestante,
Y el casco de la nave que el mundo ha de correr.

Forjad la ancha caldera do el agua se evapora
Para estrechar los mundos en alas del vapor
La expléndida y gallarda gentil locomotora
Que hienda las montañas con silbo atronador!

Fundid los caractéres que con su ronco acento
Volando al terso pliego la prensa haga pasar
La prensa resonante, que extiende el pensamiento,
Palanca con que al mundo la mente hizo girar!

Labrad épicas trompas que atruenen los espacios
Llamando á las naciones en gloria á contender,
Y las techumbres altas de espléndidos palacios
Donde la industria humana sus glorias haga ver.

Forjad la mansa esteva de brillo refulgente,
Y las brillantes hoces y el rústico azadon,
Y el rutilante arado que con su corvo diente
Abra los anchos surcos que pingüe renta son.

Y cuando el hombre airado sus armas os demande
Y en son de guerra el mundo volviere á retemblar,
Cerrad las anchas puertas, y con mision más grande
Decid que vuestro templo no venga á profanar.

Y en tanto el mundo vea que el temeroso ruido
No suena concitando las huestes á morir,
Y en la serena frente del labrador curtido
Veaís la luz radiante del bienestar lucir,

Cantad el himno ardiente de las modernas glorias,
Y al cielo alzad serena vuestra tostada faz,
Forjando las campanas que canten las victorias
Con que á los hombres funde la esplendorosa paz!

Bilbao 1875

APÉNDICE II.

Á ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

RELACION DE VIAJE.

Es el reino de Aragon
Una hospitalaria tierra,
Donde en la paz y en la guerra
Reina franco el corazon.
Cruzando sus verdes prados
Tres alegres pasajeros,
En tres jacos caballeros
Y por el hambre aguijados,
Buscando cena y abrigo
Que gran falta nos hacia,
Ibamos al fin de un dia
Por aquel país amigo.
Y al ver la cima lejana
De un altivo campanario,
Donde llamaba al rosario
La resonante campana,
Fuimos trotando á buscar
La luz que alcanzan los ojos,

Invadiendo unos rastrojos,
Y atravesando un pinar.
Ya el pueblo la vista alcanza,
Ya se oye tras los pinares
Ruido de alegres cantares
Y de aperos de labranza.
Torna el maestro de escuela
De pasear con el cura,
Y suena en la plaza oscura
El rasgar de la vihuela.
Y ya del pueblo á la entrada
Con muy humildes modales,
Pedimos á unos zagales
Las señas de una posada.
Uno alegre y rubicundo
Dice: la tendrán de balde,
Porque en casa del alcalde
Hay posada *pa tol* mundo.
Seguimos, pues, sus pisadas,
Y despues de andar á oscuras
Por estrechas angosturas
Y cuestas empecatadas,
Llegamos frente á un portal
Recien pintado de blanco,
Y en el cual habia un banco
De reluciente nogal.
Era espaciosa la puerta,
Ancho el patio y empedrado,
En un rincon, un arado,

Un azadon, y una espuerta,
La escalera desigual
Al fin de doce escalones
Daba entrada á los salones
De la autoridad local.
Cruzamos una antesala
Que decoraban sencillas
Las mazorkas amarillas
Y unas estampas de Atala,
Y en la sala entramos ya
Donde esperaba á los tres
El alcalde, á quien despues
Más despacio se verá.
Era más ancho que estrecho
El cuarto donde nos vimos,
Y mil fragantes racimos
Pendian del alto techo.
En tersura sin igual
Que casi á la vista ofende,
La blanca pared, trasciende
A la fresca y limpia cal.
Son de la estancia el adorno
Un sofá de tosco asiento,
Y diez sillas de convento
De las paredes en torno.
A un lado sobre una mesa
Cintas de varios colores,
Que anunciaban las labores
De la señora alcaldesa.

Y en amable confusion
Con la aguja y el dedal,
Y á la lumbre artificial
De un reluciente velon,
Un sombrero y una faja,
Un tintero de vagilla,
Un paquete de holandilla,
Un limon y una baraja.
En un rincon un altar
Lleno de santos primores,
Y en él cubierta de flores
Una vírgen del Pilar.
Y en los otros tres rincones
Por el órden que lo expreso,
Una guitarra, y un peso,
Y una carga de melones.
En las paredes colgados
Dos á dos y tres á tres,
La historia de Hernan-Cortés
En diez cuadros apaisados.
Un espejo, y un pandero,
Una rastra de camuesas,
Un reló de cinco pesas
Y un retrato de Espartero.
Tal era el tranquilo hogar
Del alcalde aragonés,
Donde sentimos los tres
En el punto de llegar
De alegre sarten el son

Y un sonar de aceite frito
Que escitaba el apetito
Y ensanchaba el corazon.

II.

Era el alcalde sencillo,
De semblante satisfecho,
Un hombre de pelo en pecho
Y un mozo como un castillo.
Alto, fornido, potente,
Robusto, de faz tostada,
Franca y noble la mirada
Y ancha y serena la frente.
Viéndole en su noble agrado
Le amó el alma agradecida,
Como si toda la vida
Nos hubiéramos tratado.
Ya la robusta alcaldesa
Digna de eternos pinceles,
Tiende los blancos manteles
Sobre la redonda mesa.
Y en torno sentados ya
Y por su mano servidos
Cual tierna familia unidos,
La cena llegando va.
Brindan sabroso regalo

Blando pan y fresco vino,
Y ancho vaso cristalino
Y las cucharas de palo.
Ya los hondos platos llena
La caldosa sopa hirviente
Y aroma en ella el ambiente
La fragante yerbabuena.
Tras ella, de oro vestidas
Llegan chillando quejosas
Las anchas magras hermosas
En blanca fuente extendidas.
Viene despues bien servido
El capon que ostenta en torno
Magnas lonjas por adorno
Del oloroso embutido;
Y las berengenas rojas
Y aromáticas lechugas,
Que en las rizadas arrugas
De frescas y blancas hojas
Cubren la yema amarilla
Del huevo en ruedas cortado,
Que es adorno regalado
De la legumbre sencilla.
Postres vienen diferentes;
Blanca miel, dulce mostillo
Y tierno queso amarillo,
Y las almendras crugientes;
Y de las huertas colmadas
Ricos y sabrosos dones,

Los dulces melocotones
Y las ciruelas doradas;
Las uvas que vierten mieles
Las peras frescas y sanas
Las encendidas manzanas
Y los dulces moscateles.
Harto el estómago está
De tan abundante cena
Y obliga á decir con pena:
¡Basta por Dios, basta ya!
Y el alcalde sonriente
Miéntras la cena reposa,
Cuenta con voz cariñosa
Su pasado y su presente,
Las glorias de aquella guerra
Que humilló al francés odioso,
Su casamiento dichoso,
La labranza de su tierra.....
Alma entera, hombre de hierro
Que funda sus regocijos
En su mujer y sus hijos
Y su escopeta y su perro!

. . . .
. . . .

Ya en el reló del rincon
Con sonido agudo y breve
Ha dado el cuco las nueve
Y horas de acostarse son.
Ya la alcaldesa nos llama

Y con la luz va guiando,
Y á cada cual va dejando,
A la orilla de su cama.
En ella, por dulce empeño
Del huesped y franco amigo,
Encontramos blando abrigo
Y tranquilo y dulce sueño.
Y cuando el sol sus fulgores
Vertió por los altos cerros,
Nos despertaron los perros
Y el cantar de los pastores.
Al oir que la jornada
Continuar debemos presto,
Los esposos con un gesto
Muestran que no les agrada.
Y antes de vernos partir
La huerta enseñarnos quieren
Porque nuestros ojos vieren
Como allí saben vivir.
Âbrese el ancho granero
Donde en monton soberano
Brilla el rubicundo grano
Fruto del rústico esmero.
Su oculto lujo despliega
Rico el caudal de las uvas,
En las opulentas cubas
Que llenan la ancha bodega.
La huerta en sus mil labores
Muestra el bien de sus hogares

En los anchos patatares
Y en las verdes coliflores.
Y hay al costado un jardin
Donde encantan el ambiente
Los murmurios de una fuente,
Y el aroma del jazmin,
Y bajo fuertes techados
Doce mulas descansadas,
Y hoces y trillos y azadas
Y refulgentes arados.
Todo con faz placentera
Muestra el huesped cariñoso,
Mientras va el sol presuroso
Remontando su carrera.
Y despues de agradecer
Con el alma y con la vida
La dulce y tierna acogida
Que logramos merecer,
En los caballos subimos
Y como buenos hermanos
Les estrechamos las manos
Y con pesar nos partimos.
Ellos pidiendo perdones
De aquel humilde hospedaje
Nos dan el feliz buen viaje
Con alegres expansiones,
Y saludando á los dos
Y atravesando el lugar,
Volviendo el rostro por dar

Otra vez un tierno adios,
Al ver del campo en la plana
El sol con dulces reflejos,
Y al escuchar á lo lejos
El tañer de la campana,
Y al contemplar los pastores
Y los humildes rebaños,
La sombra de los castaños
Y el esplendor de las flores,
Grité envidiando la calma
De aquel retiro silvestre:
¡Oh dulce vida campestre!
¡Oh tranquilidad del alma!

FIN DE LAS SOLEDADES.

POST SCRIPTUM

EN DEFECTO DEL PRÓLOGO.

«No hay mejor censura que la que hace priva-»damente un amigo docto y sincero consultado »por autor prudente y dócil; ni aprobacion más »honrosa, que los elogios con que distinguen las »personas ilustradas los útiles trabajos de un es-»critor. ¿Pero de qué sirven estas operaciones »molestas y afectadas, que son aún de moda, y »salen al frente de las obras?..... etc.

»Las obras buenas no las necesitan; en las ma-»las son inútiles, y en todas inoportunas.»

JOVELLANOS.

«Un auteur á genoux, dans une humble preface
»Au lecteur qu'il ennuie a beau demander gràce,
»'Il ne gagnera rien sur ce juge irrité
»Qui lui fait son procès de pleine autorité.

BOILEAU.

NOTA IMPORTANTE.

Hay en este tomo algunas poesías en las cuales se notará alterada la combinacion métrica, interrumpida á veces la consonancia ó aconsonantados algunos versos que debieran estar asonantados. No fué descuido, sino deseo de que resultara natural la composicion á riesgo de que pareciera incorrecta. Puede notarse lo que digo en las poesias LIV, en las tituladas *Vecino curioso*, *La paz en la cuna* y otras. Me complazco en corregir y limar mis versos; pero en los de este tomo, como en algunos de mis comedias, cuando he creido que habian de perder naturalidad, no he vacilado en dejar aconsonantados algunos de tal cual romance, ó asonantadas dos redondillas inmediatas si por evitarlo habia de perder el diálogo espontaneidad ó la poesía sencillez.

Florentino Sanz, Zorrilla, Narciso Serra, el mismo Breton lo han hecho así, sin dejar por eso de ser verdaderos poetas ni pasar por sospechosos de desconocer las reglas vulgares del metro.

A veces la excesiva correccion quita su encanto esencial á la poesía.

INDICE.

Páginas.

Páginas.

APÉNDICE I.

APÉNDICE II.

ENMIENDA.

En la página 176, donde dice:

Tus tristes ojos mi semblante al ver
Palidecieron, etc.

debe decir:

Tus tristes ojos mi semblante al ver
Mudos lloraban, de mi rostro viendo.

